

Fedra / Andrómaca

Racine

Estudio preliminar, notas
y selección:
Edith Pont de Bordelois

BIBLIOTECA BASICA UNIVERSAL

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA



Versión española de Edith Pont de Bordelois.

Títulos originales: **Phèdre**
Andromaque

BIBLIOTECA BASICA UNIVERSAL

Dirección: Jorge Lafforgue.

Secretaría: Margarita B. Pontieri.

Asesoramiento artístico: Oscar Díaz.

Diseño de tapa: Helena Homs. Selección de ilustración: Ricardo Figueira. Diagramación: Gustavo Valdés, Alberto Oneto, Diego Oviedo.

Coordinación y producción: Natalio Lukawecki, Juan Carlos Giraudó.

© 1982 Centro Editor de América Latina S. A. - Junín 981, Buenos Aires.

Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina. Impreso en junio de 1982. Pliegos interiores: compuesto en Gráfica Integral, Av. Pueyrredón 538, 4to. piso, Buenos Aires; Impreso en Talleres Gráficos FA. VA. RO. SAIC y F, Independencia 3277/79, Buenos Aires. Distribuidores en la República Argentina: Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5to. C, Buenos Aires. Interior: Ryela SAICIF y A, Belgrano 624, 6to. piso, Buenos Aires.

ISBN 950-25-0525-5

ESTUDIO PRELIMINAR

“Qué singular destino el de ese Siglo, que lo hizo a Molière contemporáneo de Corneille y de Racine. . . Fue una época digna de la atención de los tiempos venideros, en la que los héroes de Corneille y de Racine, los personajes de Molière, las sinfonías de Lulli, las voces de Bossuet y de Bourdaloue, eran escuchadas por Luis XIV y por Madame, tan célebre por su buen gusto; por un Condé, un Turena, un Colbert y por toda una serie de hombres superiores. Esa época no se volverá a repetir jamás”, escribió Voltaire en su *Siglo de Luis XIV*. En efecto, el siglo XVII se coloca bajo el signo de la “grandeza”; y es el siglo en el que Francia domina a Europa, por el brillo de las letras y de las artes tanto como por las armas.

Los años del reinado de Luis XIV corresponden al pleno florecimiento de la literatura clásica. Existe una relación muy estrecha entre el movimiento que conduce al triunfo del clasicismo y el que asegura el establecimiento de la monarquía absoluta. Luis XIV comprendió que la posteridad lo admiraría no sólo por sus glorias militares sino por haber sido el protector liberal y consciente de las letras y de las artes. Es él quien consagra el renombre de Molière, Corneille y Racine.

El Clasicismo

El Clasicismo es un humanismo. El verdadero objeto de la literatura —propuso Montaigne— es el análisis y la pintura del hombre; y así lo pensaron los clásicos franceses, quienes

abandonó su tierra y sus hijos para consagrarse al servicio de Fedra.

En la obra, Enona hace el papel de demonio tentador, no ciertamente por perfidia, sino por abnegación y por amor a la reina. Es quizás el doble maternal de Fedra.

Conclusión: Fedra es el drama de una lucha moral en una conciencia atormentada. Racine, sin romper con el pasado griego, le dio a Fedra un alma cristiana, un alma que se reconoce pecadora, que odia su pecado y que a pesar de eso, se abandona. Para Boileau, "Fedra es una cristiana a la que le faltó la gracia", pero como personaje de todas las épocas, pertenece también a un mundo y a un tiempo en que el verdadero Dios es desconocido, o simplemente olvidado.

Fedra, sola, sin ningún auxilio humano o divino, opone al universo su exigencia irrecusable de felicidad y de pureza.

"Racine ha sabido dar, en Fedra, una expresión que nos trastorna porque ha destacado su valor universal, de tal manera que la obra no es solamente el drama de Fedra sino el drama de la humanidad en lucha contra las potencias del mal." (Antoine Adam)

PROLOGO DE RACINE

He aquí una tragedia más, cuyo tema está tomado de Eurípides. Aunque seguí un camino algo diferente del de ese autor para conducir la acción, no dejé de enriquecer mi obra con todo lo que me pareció más relevante en la suya. Aun cuando solamente le debiese la idea del carácter de Fedra, podría decir que le debo lo más razonable que he llevado al teatro. No me sorprende que ese personaje haya tenido un éxito tan feliz en tiempos de Eurípides, y que también lo haya logrado en nuestro siglo, puesto que posee todas las cualidades que Aristóteles requiere del héroe de la tragedia, y que son apropiados para excitar la compasión y el terror. En efecto, Fedra no es ni totalmente culpable, ni totalmente inocente. Está empeñada, por su destino y por la cólera de los Dioses, en una pasión ilegítima, de la cual es ella la primera en horrorizarse. Realiza todos los esfuerzos que puede para superarla. Prefiere dejarse morir antes que declarársela a nadie. Y cuando se ve obligada a descubrirla, habla de ella con una confusión que muestra que su crimen es más bien un castigo de los Dioses que un acto de su voluntad.

Hasta he cuidado de mostrarla un poco menos odiosa que en las tragedias de los Antiguos, en las que ella misma se decide a acusar a Hipólito. He creído que la calumnia tenía algo demasiado bajo y demasiado despreciable para ponerla en boca de una princesa que por otra parte posee sentimientos tan nobles y virtuosos. Esa bajeza me pareció convenir más a una nodriza, que podía tener inclinaciones más serviles y que sin embargo se atreve a hacer esa falsa acusación solamente para salvar la vida y el honor de su señora. Fedra no participa porque la agitación de su espíritu

la pone fuera de sí, y regresa luego con el propósito de justificar la inocencia y de declarar la verdad.

Hipólito es acusado, en Eurípides y en Séneca, de haber violado efectivamente a su madrastra: "Vim corpus tulit". Pero aquí no se le acusa más que de haber tenido la intención. He querido ahorrarle a Teseo una vergüenza que hubiera podido tornarlo menos agradable ante los espectadores.

En lo que respecta a los personajes de Hipólito, yo había observado que en los Antiguos se reprochaba a Eurípides el haberlo presentado como un filósofo exento de toda imperfección, lo que hacía que la muerte de este joven príncipe provocara mucha más indignación que piedad. He creído deber otorgarle cierta debilidad que lo hiciera más culpable ante su padre, sin empero quitarle nada de esa grandeza de alma con la que protege el honor de Fedra, y se deja abrumar sin acusarla. Llamo debilidad a la pasión que siente a pesar suyo por Aricia, que es la hija y la hermana de los enemigos mortales de su padre.

Esa Aricia no es un personaje de mi invención. Virgilio dice que Hipólito se casó con ella y que tuvieron un hijo, después que Esculapio lo hubo resucitado. Y he leído además en algunos autores que Hipólito había contraído matrimonio y había llevado a Italia a una joven ateniense de ilustre cuna, que se llamaba Aricia, y que había dado su nombre a una pequeña ciudad de Italia.

Menciono estas autoridades porque me he aplicado muy escrupulosamente a seguir la fábula. Hasta he seguido la historia de Teseo tal como está en Plutarco.

En ese historiador encontré que lo que había dado pie para creer que Teseo descendió a los infiernos para raptar a Proserpina, fue un viaje que ese príncipe había realizado en Epiro hacia la fuente del Aqueronte, hasta lo de un rey cuya mujer Piritoo deseaba raptar, y que retuvo prisionero a Teseo después de haber dado muerte a Piritoo. De esa ma-

nera he tratado de conservar la verosimilitud de la historia sin perder nada de los ornamentos de la fábula, la cual contribuye extremadamente a la poesía. Y el rumor de la muerte de Teseo, fundado en ese viaje fabuloso, da lugar a Fedra para hacer una declaración de amor que llega a ser una de las principales causas de su infortunio, y que ella no hubiera osado jamás manifestar, mientras hubiese creído que su marido vivía.

Por lo demás, no me atrevo todavía a asegurar que esta pieza sea efectivamente la mejor de mis tragedias. Dejo a los lectores y al tiempo que decidan sobre su verdadero valor. Lo que puedo asegurar, es que no he escrito ninguna donde la virtud haya sido puesta más en relieve que ésta. Las menores faltas son castigadas severamente. La sola idea del crimen es considerada con tanto horror como el crimen mismo. Las debilidades del amor pasan por verdaderas debilidades; las pasiones son presentadas únicamente para mostrar todo el desorden que ellas ocasionan; y el vicio es pintado con colores que hacen conocer y odiar su deformidad. Tal es propiamente el fin que debe proponerse todo hombre que trabaja para el público, y es lo que los primeros poetas trágicos tenían en vista por encima de todo. Su teatro era una escuela en donde la virtud no era menos enseñada que en las escuelas de los filósofos. Tanto es así que Aristóteles se dignó dar reglas para el poema dramático; y Sócrates, el más sabio de los filósofos, no desdeñaba meter mano en las tragedias de Eurípides.

Sería de desear que nuestras obras fuesen tan sólidas y llenas de útiles instrucciones como las de esos poetas. Sería quizás un medio para reconciliar a la tragedia con numerosas personas, célebres por su piedad y por su doctrina, que la han condenado en estos últimos tiempos, y que la juzgarían sin duda más favorablemente, si los autores pensarán tanto en instruir a sus espectadores como en divertirlos, y si persiguieran de ese modo la verdadera intención de la tragedia.

PERSONAJES

TESEO, hijo de Egeo, rey de Atenas.
FEDRA, esposa de Teseo, hija de Minos y de Pasífae.
HIPOLITO, hijo de Teseo y de Antíope, reina de las Amazonas.
ÁRICIA, princesa de la sangre real de Atenas.
TERAMENO, preceptor de Hipólito.
ENONA, nodriza y confidente de Fedra.
ISMENA, confidente de Aricia.
PANOPÁ, mujer del séquito de Fedra.
GUARDIAS.

La acción se desarrolla en Trezena, ciudad del Peloponesco.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

HIPOLITO, TERAMENO.

HIPOLITO. — Mi decisión es ésta: me voy buen Teramento;

Abandono mi estada en la amable Trezena.
En la duda mortal que sin cesar me agita,
Comienzo a avergonzarme de mi ociosa existencia.
Hace más de seis meses que lejos de mi padre,
Desconozco el destino de ese ser tan amado;
Ignoro hasta el lugar que ocultarlo pudiera.

TERAMENO. — ¿Y a qué sitios, Señor, iréis pues a buscarlo?

Para satisfacer vuestro justo temor,
Recorrí los dos mares que separa Corinto;
Pregunté por Teseo allí, en las orillas
Donde el Aqueronte se pierde entre los muertos;
He visitado la Elida y, el Ténaro dejando,
He llegado hasta el mar que vio caer a Icaro.
Con qué esperanza nueva, en qué felices climas
¿Creéis vos descubrir la huella de sus pasos?
¿Quién sabe, sí, quién sabe si vuestro padre el Rey
No quiere que se sepa de su ausencia el misterio?
Y si cuando tembláis, temiendo por su vida,

Tranquilo y ocultando quizás nuevos amores,
¿El héroe sólo espera a una amante engañada. . . ?

HIPOLITO. — Detente Terameno y respeta a Teseo.
De sus jóvenes yerros vuelto ya para siempre,
Por un indigno obstáculo no se halla demorado;
La inconstancia fatal fijó de sus deseos,
Fedra, desde hace tiempo, no teme una rival.
En fin, buscándolo seguiré mi deber,
Y huiré de estos lugares que a mirar no me atrevo.

TERAMENO. — Desde cuando, Señor, teméis vos la
presencia.

De apacibles lugares, amados en la infancia,
Y que yo os he visto buscar con preferencia
¿Al tumulto pomposo de la corte de Atenas?
¿Qué peligro o más bien, qué pesar os aleja?

HIPOLITO. — ¡Tiempo feliz que fue! Todo ha cambiado
ahora,
desde que a estas orillas, enviada por los Dioses,
llegó la hija de Minos y de Pasífae.

TERAMENO. — Comprendo vuestra pena y conozco la
causa.

Fedra aquí os entristece y hiere vuestra vista.
Peligrosa madrastra, apenas ella os vio,
vuestro exilio enseguida dispuesto pareció.
Mas su odio por vos, antaño encarnizado,
o se ha desvanecido o bien se ha relajado.
¿Y qué peligro ahora puede haceros correr
una mujer que muere y que quiere morir?
Fedra, presa de un mal que se obstina en callar,
cansada de sí misma y de la luz del día,
¿puede ella contra vos urdir algún designio?

HIPOLITO. — Su vana enemistad no es sólo lo que temo.
Hipólito al partir, huye de otra enemiga:
Huyo, te lo confieso, de la joven Aricia,
cuya sangre fatal contra mí se conjura.

TERAMENO. — ¿Cómo, Señor, vos mismo la perseguís
ahora?

Jamás la amable hermana de los crueles Palantes
se mezcló en los ardides de esos pérfidos seres.
¿Por qué debéis odiar su candor inocente?

HIPOLITO. — Si la odiara realmente, no huiría de ella.

TERAMENO. — ¿Señor, me permitís explicar vuestra
huída?

¿Acaso no sois más ese soberbio Hipólito,
implacable enemigo de las leyes de amor
y de un yugo sufrido mil veces por Teseo?
¿Venus, por vuestro orgullo, siempre tan despreciada,
querrá por fin ahora dar razón a Teseo?
¿Poniendoos al nivel de los otros mortales,
os ha forzado acaso a incensar sus altares?
¿Acaso amáis, Señor?

HIPOLITO. — ¿Amigo, qué me has dicho?
Tú que conoces mi alma desde que yo respiro,
¿Puedes pedirme acaso, que sin rubor desmienta
sentimientos de un alma altiva y desdeñosa?
No sólo con su leche, una madre Amazona
Me hizo beber entonces este orgullo que admiras;
A una edad más madura llegado sin tropiezos,
Yo mismo me aprobé cuando me conocí.
Ligado a mi persona con un celo sincero,
Me contabas entonces la historia de mi padre.
Tú sabes cómo mi alma, sólo atenta a tu voz,
Se inflamaba al relato de sus nobles hazañas,
Cuando tú describías a ese héroe esforzado,
Consuelo de mortales en ausencia de Alcides,
Los monstruos sofocados, bandidos castigados,
Procusto y Cercyon y Sinis y Scirón,
Y los huesos dispersos del monstruo de Epidauro,
Y Creta con la sangre aun del Minotauro.
Cuando tú recitabas hechos menos gloriosos,

Su amor doquier brindado y admitido en cien sitios;
 Helena sustraída en Esparta a sus padres;
 Salamina testigo del llanto peribeo;
 Tantas otras, en fin, de nombres olvidados,
 Corazones ingenuos, por su amor engañados:
 Ariadna a las rocas narrando su abandono,
 Fedra, traída al fin con mejores auspicios;
 Sabes bien que con pena, escuchando su vida,
 Yo te urgía a abreviar detalles que me herían,
 ¡Feliz si hubiera sido posible a mi memoria
 Olvidar la mitad indigna de la historia!
 ¿Y yo mismo, a mi vez me veré encadenado?
 ¿Y a tal punto los Dioses me habrían humillado?
 En mi débil gemir cuánto más despreciable,
 Ya que acciones heroicas excusan a Teseo,
 Porque yo no he vencido, hasta hoy a algún monstruo
 Que me diera el derecho de flaquear como él.
 Y aun cuando mi orgullo pudiera suavizarse,
 ¿Por qué debí eregir a Aricia en vencedor?
 ¿No lo recuerda ya mi mente enajenada
 El obstáculo eterno que nos ha separado?
 Mi padre la reprueba y con leyes severas
 Prohíbe que le den acaso descendientes:
 De un tronco tan culpable quizás teme el retoño;
 Quiere que con su hermana se sepulte su nombre,
 Y que hasta su sepulcro, sumida a su tutela,
 Jamás se enciendan fuegos de himeneo para ella.
 ¿He de hacer mía su causa contra un padre irritado?
 ¿Daría yo el ejemplo de la temeridad?
 Y en un amor demente embarcado tan joven. . .
 TERAMENO. — ¡Ah, Señor! Si la hora para vos ha
 llegado,
 El Cielo no conoce nuestras sabias razones.
 Teseo, sin saberlo, abre ya vuestros ojos;
 Y su odio, avivando una llama rebelde,

Confiere a su enemiga una gracia reciente.
 En fin, de un casto amor, ¿por qué habíais de asustaros?
 Si hay en ello dulzura, ¿no osáis gustarla al menos?
 ¿Todavía obedecéis a tan huraño escrúpulo?
 ¿Teme alguien perderse tras las huellas de Hércules?
 ¿Qué corazones, Vénus, no ha sabido vencer?
 ¿Vos mismo, existiréis, vos que la combatís,
 ¿Si a sus leyes, Antíope, altivamente opuesta,
 De un pudoroso amor no ardiera por Teseo?
 Nada sirve fingir un soberbio discurso.
 Confesad. Todo cambia; y hace ya algunos días,
 Que poco se os ve, orgulloso y salvaje,
 Tan pronto hacer volar un carro en la ribera,
 o bien, sabio en el arte por Neptuno inventado,
 Tomar dócil al freno un corcel indomable.
 Los bosques, con los gritos, como antes no resuenan;
 Vuestros ojos se cargan con un fuego secreto.
 No hay ya que dudar más: vos amáis, vos ardéis;
 Vos sucumbís a un mal que vos disimuláis.
 ¿La encantadora Aricia ha sabido agradaros?
 HIPOLITO. — Terameno, ya parto en busca de mi padre.
 TERAMENO. — ¿No veréis pues a Fedra antes de la
 partida, Señor?
 HIPOLITO. — Es mi designio; puedes ir a advertirla.
 Veámosla por fin, ya que el deber me ordena.
 Más, ¿qué nueva desdicha turba a su cara Enona?

ESCENA II

HIPOLITO, ENONA, TERAMENO.

ENONA. — Ay, Señor! Qué turbación puede igualar la mía?

La Reina está llegando al término fatal.
En vano día y noche a observarla me afano:
Se muere entre mis brazos de un mal que ella me oculta.
Un eterno desorden reina en su mente enferma.
Una pena inquietante la arranca de su lecho.
Quiere mirar el día; y su dolor profundo
Me ordena sin embargo, que aleje a todo el mundo. . .
Se acerca.

HIPOLITO. — Ya basta: la dejo en este sitio,
Y no le muestro más un rostro tan odiado.

ESCENA III

FEDRA, ENONA.

FEDRA. — No vayamos más lejos. Quedémonos, Enona.
No me sostengo más; mi fuerza me abandona.
Mis ojos se deslumbran con la luz que los hierde,
Mis rodillas que tiemblan, hacen flaquear mi paso.
¡Ay!

ENONA. — ¡Dioses poderosos, que mi llanto os
aplaquen!

FEDRA. — ¡Estos vanos adornos, estos velos me pesan!
¿Qué mano importuna, al formar estos moños,
Ha tratado, en mi frente, de reunir mis cabellos?
Todo aflige y molesta y conspira en dañarme.

ENONA. — ¡Veo ya sus deseos uno al otro destruirse!
Vos misma, condenando vuestro injusto designio,
Tan pronto en adornaros excitábais mis manos;
Vos misma, recurriendo a vuestra antigua fuerza,
Deseábais mostraros y contemplar la luz.
Ahora la véis, Señora; y presta a ocultaros,

¿Odiáis la misma luz que venís a buscar?

FEDRA. — Noble y brillante autor de una triste familia,
Tú, de quién mi madre osaba, jactarse de ser hija,
Que quizás enrojeces del trance en que me ves,
Oh Sol, yo vengo a verte por la postrera vez.

ENONA. — ¿Qué? ¿No perderéis ya más ese cruel deseo?
Os veré siempre yo, renunciando a la vida,
¿Hacer de vuestra muerte funestos anticipos?

FEDRA. — ¡Ay Dioses! ¿Si a la sombra de un gran
bosque estuviera?

Cuándo podré, a través de noble polvareda,
Seguir con la mirada un carro en la carrera?

ENONA. — ¿Qué, Señora?

FEDRA. — ¡Insensata! ¿Dónde estoy y qué he dicho?
¿Dónde ha dejado errar mi mente y mis deseos?
La he perdido: los Dioses han turbado mi mente.
Enona, el rubor me cubre todo el rostro:
Demasiado te dejo ver mi dolor culpable;
Y mis ojos se llenan, sin quererlo, de llanto.

ENONA. — ¡Ah! si os cubrís de rubor, será por un
silencio

Que crece la violencia de todos vuestros males.
Rebelde a mis cuidados, sorda ante mis palabras,
¿Queréis pues, sin piedad, terminar vuestros días?
¿Qué locura os conduce a detener su curso?
¿Qué encanto o qué veneno ha secado el torrente?
Las sombras, por tres veces, cubrieron ya los cielos
Y el sueño que apacigua no ha entrado en vuestros ojos;
El día, por tres veces, echó lejos la noche
Desde que vuestro cuerpo ayuna y languidece.
¿Por qué designio atroz os dejáis pues tentar?
¿Con qué derecho osáis contra vos atentar?
Ofendéis a los Dioses, autores de la vida;
Traicionáis al esposo a quien promesa os liga;
Traicionáis vuestros hijos, los hacéis desdichados,

Y los precipitáis a un yugo despiadado.
Pensad que un mismo día les quitará su madre,
Y dará la esperanza al hijo de una extraña,
A ese altivo enemigo vuestro y de vuestra sangre,
Ese hijo que llevara la Amazona en su flanco,
Ese Hipólito. . .

FEDRA. — Ah, Dioses!

ENONA. — El reproche os conmueve.

FEDRA. — Desdichada, qué nombre pronunció ya tu boca?

ENONA. — Y bien! Vuestro furor estalla con razón:

Me place que tembléis a tan funesto nombre.

Vivid pues. Que el amor, el deber os incite.

Vivid, no toleréis que el hijo de una Escita,

Someta a vuestros hijos bajo su odioso imperio,

y rija a noble sangre de Grecia y de los Dioses.

Mas no lo posterguéis: cada momento os mata.

Reparad prontamente vuestra fuerza abatida,

Mientras que en vuestros días, prestos a consumirse,

La antorcha dura aún, y puede reanimarse.

FEDRA. — He prolongado mucho su duración culpable.

ENONA. — Qué? Algún remordimiento os tiene desgarrada?

Qué crimen ha podido turbar vuestra existencia?

Vuestra mano ha vertido sangre de un inocente?

FEDRA. — No son, gracias al cielo, mis manos criminales.

Mi corazón quisiera inocente como ellas.

ENONA. — ¿Y qué horrible proyecto habéis pues concebido

que vuestro corazón se encuentra estremecido?

FEDRA. — Te he dicho demasiado. Dispénsame tú el resto.

Me muero, por no hacer confesión tan funesta.

ENONA. — Morid pues, y guardad un silencio inhumano;
Para cerrar los ojos, buscad de otro la mano.

Por más que os quede apenas un débil resplandor,
Mi alma entre los muertos descenderá primero.

Mil caminos abiertos conducen al Averno,

Y mi dolor sincero buscará los más breves.

Ah cruel! cuándo mi fe, cuándo os decepcionó?

Recordáis que al nacer mi mano os recibió?

Mi país y mis hijos por vos abandoné.

Me reservábais pues tal precio a mi lealtad?

FEDRA. — Qué fruto esperas tú de tamaña violencia?

Te espantarás de horror, si rompo mi silencio.

ENONA. — Qué me diréis acaso que no ceda, oh Dioses!

Al horror de sentir os expirar a mis ojos?

FEDRA. — Cuando sepas mi crimen, y el sino que me abruma,

No he de morirte menos, moriré más culpable.

ENONA. — Señora, por el llanto que por vos he vertido,

Por los frágiles miembros que mantengo abrazados,

Liberadme por fin de esta funesta duda.

FEDRA. — Tú lo quieres, levántate.

ENONA. — Hablad, os escucho.

FEDRA. — Cielos! Cómo decirle y por dónde empezar?

ENONA. — Cesad pues de ofenderme con temores tan vanos.

FEDRA. — Oh cólera de Venus! Oh rencores fatales!

¡Qué extraños desvaríos el amor trajo a mi madre!

ENONA. — Olvidemos Señora; que a la posteridad

Un eterno silencio oculte esa verdad.

FEDRA. — Ariana, hermana mía, ¿por qué amores herida,
has muerto en las riberas donde fuistes dejada?

ENONA. — Qué es lo que hacéis, Señora? ¿Y qué mortal tormento

Contra toda esa sangre os anima al momento?

FEDRA. — Ya que Venus lo quiere, de sangre deplorable
Yo la última muero y la más miserable.

ENONA. — ¿Amáis pues?

FEDRA. — Del amor padezco los ardores.

ENONA. — ¿Por quién?

FEDRA. — Vas a saber, el colmo del horror.

Amo. . . el nombre fatal me turba y me estremece,
Amo. . .

ENONA. — Quién?

FEDRA. — Tú conoces el hijo de la Escita,
Príncipe tanto tiempo por mí misma oprimido.

ENONA. — Hipólito? Oh Dioses!

FEDRA. — Tú sola lo has nombrado.

ENONA. — Justo Cielo! Mi sangre, en mis venas se hiela.
Oh atrocidad! Oh crimen! Oh deplorable raza!
Oh viaje infortunado! ¿Riberas desdichadas,
Era justo acercarse a tus funestos bordes?

FEDRA. — Mi mal viene de lejos. Cuando al hijo de Egeo
Me había comprometido, por leyes e himeneo,
Mi reposo, mi dicha parecían afirmarse;
Atenas me mostró a mi soberbio enemigo.
Yo lo ví, enrojecí, me turbé al contemplarlo;
Un delirio brotó en mi alma enajenada;
Mis ojos se cegaron, y ya no pude hablar;
Sentí todo mi cuerpo consumirse y arder.
Reconocí a la Diosa y sus temidos fuegos,
De la sangre culpable tormento inevitable.
Con promesas asiduas creí aplacar su ira:
Le hice construir un templo que yo misma adornaba.
De víctimas rodeada yo misma a toda hora,
Buscaba en esos flancos mi razón extraviada.
De un incurable amor, remedios impotentes:
En vano en los altares, mi mano ardía el incienso.
Con mi boca imploraba el nombre de la Diosa,
Y a Hipólito adoraba; sin cesar lo veía
al pie de los altares y que yo misma incensaba:
Todo ofrecía a ese Dios que no osaba nombrar.
Por doquier lo evitaba. ¡Oh, colmo de miseria!

Mis ojos lo encontraban en la faz de su padre.
Contra mí misma, al fin, traté de rebelarme:
Exité mi coraje, comencé a perseguirlo.
Para echar de mí misma al que yo idolatraba,
Afecté la maldad de una injusta madrastra;
Apuré su destierro, y mis eternos gritos
le arrancaron del seno de los brazos paternos.
Yo respiraba, Enona; y a partir de su ausencia,
Mis días más apacibles corrían en la inocencia.
Sometida a mi esposo, y ocultando tormentos,
Del fatal himeneo cultivaba los frutos.
Oh vanas precauaciones! Oh destino tan cruel!
Por mi esposo traído nuevamente a Trezena,
Lo volví a ver al fin, al que yo había alejado:
Mis heridas abiertas nuevamente sangraron.
No es ya sólo un ardor en mis venas cercado:
Es Venus, ella misma, a su presa aferrada.
Concebí por mi crimen un muy justo terror;
Vi con odio a la vida, y a mi amor con horror.
¿Quería, con mi muerte, salvaguardar mi honor,
Y eliminar del día una llama tan negra?
No pude soportar tu llanto y tus combates.
Te he confesado todo; no me arrepiento ya,
Con tal que de mi muerte, respetando el acecho,
No me aflijas ya más con injustos reproches;
Qué tus vanos recursos cesen de reanimar
un resto de calor muy próximo a expirar.

ESCENA IV

FEDRA, ENONA, PANOPA.

PANOPA. — Yo quisiera ocultaros una triste noticia,
Señora; es necesario que ya os la revele.

La muerte arrebató a vuestro invencible esposo;
Y esta desdicha es sólo ignorada por vos.

ENONA. — Panopia, qué dices?

PANOPA. — Que la Reina engañada,
Suplica en vano al cielo que retorne Teseo;
Por navíos llegados hace poco hasta el puerto
Hipólito, su hijo, ha sabido su muerte.

FEDRA. — ¡Cielos!

PANOPA. — Para elegir otro amo, Atenas se divide.
Al príncipe, vuestro hijo, unos dan su sufragio,
Señora; y del Estado, olvidando las leyes,
Al hijo de la extraña otros osan dar votos.
Se dice aun que al trono, un partido insolente
Quiere imponer a Aricia y a la sangre Palante.
Creí de ese peligro mi deber advertiros.
Hipólito, ya mismo, está presto a partir;
Y temen, si aparece en esta tempestad,
Que arrastre en pos de sí a un pueblo veleidoso.

ENONA. — Panopia, basta ya. La Reina, que te oye,
No descuidará pues, tan importante aviso.

ESCENA V

FEDRA, ENONA.

ENONA. — Señora, yo cesaba de alentar vuestra vida;
Yo misma hasta la tumba pensaba acompañaros;
Para haceros vivir, ya no tenía más voz;
Pero la triste nueva os prescribe otras leyes.
Vuestra fortuna cambia y toma otros aspectos:
El Rey no existe ya; hay que ocupar su cargo.
Su muerte os deja un hijo por quien debéis velar,
Esclavo si él os pierde, y Rey si vos vivís.
Sobre quién, si morís queréis vos que se apoye?

Su llanto no tendrá mano que lo consuele;
Sus gritos inocentes, oídos por los Dioses,
irán contra su madre a irritar a los suyos.
Vivid, ya no tenéis más reproches que haceros.
Vuestro ardor tiene ahora legítimos derechos.
Teseo, al expirar, ha roto así los lazos
Que hacían criminal y horrible vuestro amor.
Hipólito no es ya ese ser tan temible;
Y podéis verlo ahora sin sentir os culpable.
Quizás él, convencido de vuestra aversión,
Va a designar un jefe de la revolución.
Desengañadlo entonces, tocad su corazón.
Rey de un pueblo feliz, Trezena es pues su parte.
Mas sabe él que las leyes le dan a vuestro hijo
Las soberbias murallas que Minerva elevó.
Una u otro tenéis una justa enemiga:
Uníos ambos pues y a Aricia combatid.
FEDRA. — Y bien! por tus consejos me dejaré llevar.
Vivamos, si la vida me puede devolver,
Y si el amor de un hijo, en hora tan funesta
Puede animar el resto de mi débil espíritu.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

ARICIA, ISMENA.

ARICIA. — ¿Hipólito desea verme en este lugar?
Hipólito me busca para decirme adiós?

Ismena, dices bien? No estás en un error?

ISMENA. — Esto lo ha provocado la muerte de Teseo.
Preparáos, Señora, a ver de todas partes
Volar a vos aquellos que alejara Teseo.
De su suerte, por fin, Aricia ya es la dueña,
y muy pronto a sus pies verá a toda Grecia.

ARICIA. — ¿No es acaso un rumor que no está
confirmado?
Ya no soy más esclava y no tengo enemigos?

ISMENA. — No, Señora, los Dioses no están ya en contra
vuestra;
Teseo se halla ahora junto a vuestros hermanos.

ARICIA. — Se sabe qué aventura terminó con sus días?

ISMENA. — Se siembran de su muerte increíbles relatos.
Se dice que raptor de una amante indecisa,
las olas devoraron al esposo infidente.
Se dice, y es rumor por todos conocido
Que con Piritoo hubiera descendido al Averno.
Que habría visto el Coccyto y los bordes umbríos,
Y que lo han visto vivo, las infernales sombras;
Pero que no ha podido salir de esa comarca,
Y cruzar las riberas de donde no hay retorno.

ARICIA. — ¿Acaso algún mortal, sin ser su última hora,
penetra en la profunda morada de los muertos?
Qué encanto lo atraía a orillas tan temidas?

ISMENA. — Teseo ha muerto ya y vos sola dudáis.
Atenas ha gemido y Trecena lo sabe,
Y ya como su rey reconocen a Hipólito.
Fedra en este palacio, temblando por su hijo,
De sus leales amigos, solicita el consejo.

ARICIA. — Y tú crees que por mí, más humano que el
padre,
El hijo hará más leves estas cadenas mías?
Que sentirá mis penas?

ISMENA. — Señora, así lo creo.

ARICIA. — ¿Al insensible Hipólito acaso lo conoces?
Qué frívolo pensar te hace creer que siente,
Y respeta en mí sola un sexo que desdeña?
Ves que desde hace tiempo, evita nuestro paso,
Y busca los lugares donde nunca ha de vernos.

ISMENA. — De su frialdad conozco todo lo que se dice;
Mas lo ví junto a vos a ese Hipólito altivo;
Y cuando lo veía, la fama de su orgullo
redoblaba por él, mi curioso interés.
Su actitud con su fama, pareció en desacuerdo:
En cuanto lo mirásteis, pareció confundirse.
Sus ojos, que ya en vano querían evitaros,
Plenos de languidez, se os quedaban mirando.
Saberse enamorado tal vez hiere su orgullo;
Pero se ve en sus ojos aunque quiera negarlo.

ARICIA. — Qué ávidamente escucha mi corazón,
Ismena;
Un relato quizás de poco fundamento.
¿Oh tú que me conoces, te parece posible
Que yo, triste juguete de un impío destino,
Un corazón nutrido de amargura y de llanto,
Conociera el amor y su dolor profundo?

Resto de sangre real, del hijo de la Tierra,
Sólo yo escapé al furor de la guerra.
He perdido, en la flor de su tierna existencia,
Seis hermanos. . . promesa de un ilustre linaje.
Todo cercenó el hierro; y la tierra empapada
Bebió la noble sangre que quedó de Erecteo.
Tú sabes que después, una severa ley
Prohíbe a todo griego suspirar por mi amor:
Temen que de la hermana, las llamas temerarias
Reanimen la ceniza de sus hermanos muertos.
Mas tú sabes también con qué altivo desdén
Consideraba el gesto de un héroe receloso.
Sabes que desde siempre me oponía al amor,
Y agradecí a menudo al injusto Teseo,
Cuyo rigor feliz secundó mi desdén.
Mis ojos, ay! mis ojos no habían visto a su hijo.
No sólo lo que vieron mis ojos me ha hechizado,
Amo en él su belleza, su gracia tan mentada,
Presentes que natura ha querido ofrendarle,
Y que él tanto desprecia y parece ignorar.
Yo amo en él otras cosas, otras nobles riquezas,
La virtud de su padre pero no sus flaquezas.
Amo, te lo confieso, su orgullo generoso
Que jamás sucumbió bajo el yugo amoroso.
Fedra en vano gozaba del amor de Teseo:
Yo soy más orgullosa y huyo del triunfo fácil
De arrancar homenajes ofrecidos a otras,
Y de entrar en un pecho para todas abierto.
Mas poder doblegar un corazón tan firme,
Y llevar la inquietud hasta un alma insensible,
Sorprenderlo de pronto cautivo con sus grillos,
Contra un yugo que agrada verlo irritarse en vano:
Eso es lo que yo quiero, eso es lo que me irrita;
Costó menos rendir a Hércules que a Hipólito,
Muy pronto derrotado, más pronto sometido,

Menos gloria ofrecía al que lo dominaba.
Pero, querida Ismena, qué imprudencia la mía!
Me impondrán, bien lo sé, una gran resistencia.
Tú me oirás quizás, humilde en mi tristeza,
Gemir por el orgullo que en el presente admiro.
¿Hipólito amaría? Por qué ventura
Habría yo rendido. . .

ISMENA. — Vos misma lo oiréis:
Viene hacia vos.

ESCENA II

HIPOLITO, ARICIA, ISMENA.

HIPOLITO. — Señora, antes de irme,
Creí de vuestra suerte mi deber advertiros.
Mi padre ya no vive. Mi justa desconfianza
Presagiaba razones de su muy larga ausencia.
La muerte ha detenido sus trabajos gloriosos,
Sólo ella lo ocultaba al universo entero.
Los Dioses libran ya a la Parca homicida
Al compañero, amigo y sucesor de Alcides.
Creo que vuestro odio, salvando sus virtudes,
Escucha sin pesar, nombres que ha merecido.
Una esperanza anima mi tristeza mortal:
Puedo yo liberaros de una austera tutela.
Revocando las leyes cuyo rigor me apena.
Podéis vos disponer de vuestro corazón;
Y ya en esta Trezena, que es hoy mi patrimonio,
De mis antepasados reconocida herencia,—
Que me ha, sin titubear, reconocido rey,
Os dejo pues tan libre, y más libre que yo.
ARICIA. — Moderad las bondades cuyo exceso me turba
De un interés tan grande honrarme en mi desgracia,

Señor, es ubicarme, más de lo que pensáis,
Bajo esa austera ley de la que me libráis.

HIPOLITO. — Buscando un sucesor, Atenas vacilante
Habla de vos, me nombra, y al hijo de la Reina.

ARICIA. — ¿De mí, Señor?

HIPOLITO. — Yo sé, sin quererme jactar,
Que una ley insolente parece rechazarme.
Los Griegos me reprochan una madre extranjera.
Pero si por rival sólo viera a mi hermano,
Señora, sobre él tengo verdaderos derechos
Que sabré hacer valer frente a tan necias leyes.
Un freno más legítimo detiene mis audacias:
Yo os cedo, o más bien, os devuelvo un lugar,
Un cetro que hace mucho recibieron los vuestros.
Del famoso mortal que concibió la Tierra.
Púsole la adopción en las manos de Egeo.
Atenas, por mi padre, grande y bien protegida,
Reconoció con júbilo un rey tan generoso,
Y dejó en el olvido a los hermanos vuestros.
Atenas a sus muros ahora os reclama.
Bastante ella ha gemido por la larga querrela;
Bastante ya en sus surcos vuestra sangre vertida
Ha fecundado el campo de donde había surgido.
Trezena me obedece. Las campiñas de Creta
Dan al hijo de Fedra opulento refugio.
Os pertenece el Atica. Me voy, y para vos
Reuniré los sufragios que entre ambos compartimos.

ARICIA. — De todo lo que oigo sorprendida y confusa,
Casi temo, sí temo, que sea un sueño engañoso.
Puedo acaso creer parecido designio?
Qué Dios, Señor, qué Dios lo puso en vuestro pecho?
Qué justa es vuestra gloria por doquier extendida.
Y cómo la verdad sobrepasa el renombre.
Vos mismo, en mi favor, queréis pues traicionaros?
No era suficiente que no me detestárais?

Y que por mucho tiempo os hayáis defendido
De esta enemistad. . .

HIPOLITO. — Odiaros yo, Señora?

Sea cual fuere el color con que mi altivez pintan,
Crean acaso que un monstruo me ha llevado en su seno?
Qué carácter salvaje, qué odio endurecido
A una mirada vuestra no se habría suavizado?
Acaso he resistido al encanto engañoso. . .

ARICIA. — ¿Qué, Señor?

HIPOLITO. — Creo que he ido ya demasiado lejos.
Veo que la razón cede ante la pasión.
Puesto que comencé a romper el silencio,
Señora, hay que seguir: necesito informaros
De un secreto que mi alma ya no puede ocultar.
Véis delante de vos a un lamentable príncipe,
De un temerario orgullo ejemplo memorable.
Yo que contra el amor siempre me he rebelado,
Que insulté largamente los grillos de sus presos;
Que deploré el naufragio de débiles mortales,
Pensé desde la orilla contemplar las tormentas;
Sometido desde ahora bajo la ley común,
¿Qué agitación me lleva tan lejos de mí mismo?
Un instante ha vencido mi audacia imprudente:
Esa alma tan soberbia es al fin dependiente.
Hace casi seis meses, humillado, afligido,
Llevando a todas partes la flecha que desgarró,
Contra vos, contra mí, vanamente he luchado:
Presente yo os huyo; y ausente os encuentro;
Hasta el fondo del bosque vuestra imagen me sigue;
La claridad del día, las sombras de la noche,
Todo trae a mis ojos los encantos que evito;
Todo al rebelde Hipólito os entrega a porfía.
Yo mismo, único fruto de mi superfluo esfuerzo,
Ahora mismo me busco y no me encuentro más.
Mi arco, mis jabalinas, mi carro, me importunan;

Ya no recuerdo más la lección de Neptuno;
Tan sólo mis gemidos resuenan en los bosques,
Mis corceles ociosos olvidaron mi voz.
Quizás la narración de un amor tan salvaje
Os cubra, al escucharme, de rubor por vuestra obra.
Con qué rudo lenguaje se os brinda un corazón!
Qué extraño prisionero para tan bello lazo!
Mas la ofrenda ante vos ha de ser más preciada.
Pensad que yo os hablo una lengua extranjera;
No rechacéis, Señora, deseos mal expresados,
Que Hipólito, sin vos, no habría alimentado.

ESCENA III

HIPOLITO, ARICIA, TERAMENO, ISMENA.

TERAMENO. — Señor, la Reina viene, Yo me he adelantado.

Ella os busca.

HIPOLITO. — ¿A mí?

TERAMENO. — Ignoro su intención.

Pero han venido a mí para que yo os buscara.

Fedra desea hablaros antes de que partáis.

HIPOLITO. — Fedra? Qué le diré? Y qué puede esperar. . .

ARICIA. — Señor, vos no podéis ahora rechazarla.
Aunque muy convencido de su enemistad,
Vos debéis, a su llanto, un poco de piedad.

HIPOLITO. — Sin embargo salís. Y yo parto. Ignoro si no estoy ofendiendo aquello que yo adoro
Ignoro si mi alma, que dejo en vuestras manos. . .

ARICIA. — Partid, Príncipe y seguid vuestros nobles designios.
Haced de mi poder a Atenas tributaria.

Acepto aquellos dones que me queréis hacer.
Pero este imperio al fin, tan grande, tan glorioso.
No es de vuestros presentes el más caro a mis ojos.

ESCENA IV

HIPOLITO, TERAMENO

HIPOLITO. — ¿Amigo, todo listo? Pero la Reina viene.
Vete, que todo se arme ya para ese viaje.
Haz que den la señal, corre, ordena y regresa
a liberarme pronto de una cita enojosa.

ESCENA V

FEDRA, HIPOLITO, ENONA.

FEDRA. — (*A Enona, en el fondo del escenario*)

Helo aquí. Hacia mi corazón la sangre se retira.
Olvido, sólo al verlo, lo que venía a decirle.

ENONA. — Acordáos de un hijo que sólo espera en vos.

FEDRA. — Dicen que un nuevo viaje os aleja de aquí,
Señor. Al dolor vuestro vengo a agregar mis lágrimas.
Vengo a vos, por un hijo, a explicar mis alarmas.
Mi hijo no tiene padre; y el día no está lejos
que de mi muerte aun, tenga que ser testigo.
Más de mil enemigos atacan su inocencia.
Vos sólo contra ellos, podríais defenderlo.
Pero un secreto horror me agita y estremece.
Temo haber cerrado vuestro oído a sus gritos.
Tiemblo que sobre él, vuestra cólera justa,
Persiga injustamente a su execrable madre.

HIPOLITO. — Señora, yo no tengo sentimientos tan bajos.

FEDRA. — Aunque me detestárais, yo no me quejaría, Señor, vos me habéis visto, empeñada en dañaros; En el fondo de mi alma vos no podíais leer.

A vuestra enemistad, yo traté de exponerme.
Y no pude sufriros aquí donde yo habito.
En público, en secreto, contra vos declarada,
Yo quise, por los mares, separarme de vos.
Yo misma prohibí, por una ley expresa,
Que osaran pronunciar vuestro nombre ante mí.
Pero si por la ofensa se midiera la pena,
Si sólo el odio puede atraer vuestro odio,
Jamás mujer alguna más digna de piedad,
Y menos digna entonces, de vuestra enemistad.

HIPOLITO. — Una madre celosa del futuro de su hijo;
Perdona pocas veces al hijo de otra esposa..
Señora, yo lo sé. Sospechas importunas
Son de un segundo lecho, los frutos más comunes.
Otra habría tenido de mí los mismos celos,
Y de ella habría sufrido quizás aun más ultrajes.

FEDRA. — Ah! Señor, que el cielo, me atrevo a asegurarlo,
De una ley tan común ha querido exceptuarme
Otra preocupación me turba y me devora.

HIPOLITO. — Señora, ya no es tiempo de que os turbéis ahora.
Vuestro esposo, quizás, ve todavía el día;
Puede el cielo, a los ruegos, acordar su retorno.
Neptuno lo protege, y ese Dios tutelar
No se verá implorado en vano por mi padre.

FEDRA. — Dos veces no se ve la región de los muertos,
Señor. Y si Teseo vió los bordes sombríos,
Vos esperáis en vano que un Dios os lo devuelva;
El avaro Aquerón no abandona su presa.

Qué digo? No está muerto, ya que respira en vos.
Ante mis ojos, siempre, creo ver a mi esposo.
Yo lo veo. . . le hablo. . . mi corazón. . . me pierdo,
Señor, mi loco ardor sin querer se declara.

HIPOLITO. — Veo de vuestro amor la prueba prodigiosa.
Muerto y todo, Teseo vive aún para vos.
Por su amor, vuestra alma sigue siempre encendida.

FEDRA. — Sí, príncipe, me muero, y ardo por Teseo.
Lo amo, mas no tal como lo vió el Averno,
Voluble adorador de mujeres diversas,
Que del Dios de los muertos va a deshonar el lecho;
Sino fiel, y altanero y hasta quizás hurraño,
Joven, encantado dueño de corazones,
Como a los Dioses pintan, o tal como yo os veo.
Tenía vuestro porte, vuestros hablar, vuestros ojos,
Ese noble pudor coloreaba su rostro,
Cuando de nuestra Creta atravesó los mares,
Digno de los deseos de las hijas de Minos.
Qué hacíais vos entonces? Y por qué sin Hipólito,
Se reunió de los héroes la élite de Grecia?
¿Por qué, quizás muy joven, no pudísteis entonces
entrar en el navío que lo trajo a nosotros?
Por vos habría muerto el monstruo vil de Creta
Pese a todas las vueltas de su vasto refugio.
Para desentrañar el misterioso asilo,
Mi hermana con el hilo fatal os habría armado.
Mas no, que para ello yo me habría adelantado;
Amor me hubiera entonces, esa idea inspirado.
Soy yo, Príncipe, yo, la que debió ayudaros
A descubrir las vueltas del fatal laberinto.
¿Qué desvelos tan grandes por vos habría sufrido!
Fuera incapaz un hilo de calmar a una amante.
Compañera del riesgo que debíais buscar,
Yo delante de vos, habría deseado ir,
Y Fedra al Laberinto, junto a vos descendida

Habríase con vos encontrado o perdido.

HIPOLITO. — ¡Dioses! ¿Qué es lo que oigo? Señora,
¿olvidáis pues

Que Teseo es mi padre y que él es vuestro esposo?

FEDRA. — ¿Y sobre qué juzgáis que pierdo la memoria
Príncipe? ¿Habría olvidado acaso de mi honor el cuidado?

HIPOLITO. — Señora, perdonad. Confieso con rubor,
Que acusé sin razón un discurso inocente.

Mi vergüenza no puede sostener vuestra vista;

Y voy. . .

FEDRA. — ¡Ah! ¡Cruel! me has comprendido bien.

Basta con lo que he dicho para que no te engañes.

¡Y bien! Conoce a Fedra y toda su pasión.

Amo. Mas no pienses que porque yo te amo,

Inocente a mis ojos, yo me apruebo a mí misma,

Ni que del loco amor que turba mi razón

Mi débil complacencia alimentó el veneno.

Objeto infortunado de venganzas celestes,

Me aborrezco aún más de lo que me detestas.

Los Dioses son testigos, los mismos que en mi pecho

Han encendido el fuego fatal a mi linaje;

Esos Dioses que se hacen una gloria cruel

Desviando el corazón de una débil mortal.

Tú mismo, a tu mente trae ahora el pasado.

Poco es haberte huido, cruel, yo te he echado.

Quise ser para tí odiosa, inhumana;

Y para resistirte, hasta busqué tu odio.

¿Para qué me sirvieron inútiles cuidados?

Más grande era tu odio, no menos yo te amaba.

Tus desdichas te hacían aún más adorable.

Padecí los tormentos del fuego y de las lágrimas.

Te basta una mirada para que te persuadas,

Si tus ojos pudieran un momento mirarme.

¿Qué digo? lo que acabo de confesarte ahora,
esto que me avergüenza, ¿lo crees tú voluntario?

Temblando por un hijo a quien quería salvar
Yo te venía a rogar que no detestaras
De un corazón que ama, tan débiles proyectos.
¡Dioses! sólo he podido hablarte de tí mismo.
Véngate, hiéreme por este odioso amor.
Digno hijo del héroe que te ha dado la vida,
Libera el universo de un monstruo que te irrita.
¡La viuda de Teseo se atreve a amar a Hipólito!
Créeme, a ese monstruo no lo dejes huir.
He aquí mi corazón. Aquí debes herir.
Impaciente está ya por expiar su ofensa;
Hacia tu brazo armado lo siento que se avanza.
Hiere. Mas si lo crees indigno de tus golpes,
Si tu odio rechaza un suplicio tan dulce,
O si sangre tan vil empapara tu mano,
A falta de tu brazo, préstame pues tu espada.
Dame.

ENONA. — ¿Qué es lo que hacéis, Señora? ¡Oh Dioses!
Alguien viene. Evitad, los testigos odiosos;
Venid, entrad, huid de una vergüenza cierta.

ESCENA VI

HIPOLITO, TERAMENO.

TERAMENO. — ¿Es Fedra la que huye, o más bien la
que arrastran?

¿Por qué, Señor, porqué esas marcas de dolor?

¿Os veo sin espada, turbado, sin color?

HIPOLITO. — Terameno huyamos, mi sorpresa es
extrema.

No puedo sin horror mirarme ya a mí mismo.

Fedra. . . Mas no, ¡oh Dioses! que en un profundo olvido
Este horrible secreto quede por siempre hundido.

TERAMENO. — Si vos queréis partir, el velero está presto.

Pero Atenas, Señor, ha dado ya su voto.
Sus jefes han hablado en nombre de sus tribus.
Vuestro hermano ha triunfado, y su madre con él.

HIPOLITO. — ¿Fedra?

TERAMENO. — Un heraldo encargado del deseo de Atenas

Del Estado en sus manos ha entregado las riendas.
Su hijo es rey, Señor.

HIPOLITO. — ¿Dioses, la conocéis,
Y es su virtud acaso lo que recompensáis?

TERAMENO. — Sin embargo un rumor dice que el Rey respira.

Pretenden que a Teseo se lo ha visto en Epiro.
Mas yo que lo he buscado, Señor, yo sé muy bien. . .

HIPOLITO. — No importa, oigamos todo, no descuidemos nada.

Busquemos el rumor, vayamos a su fuente.
Si no merece aún que interrumpa mi viaje,
Partamos; y cual fuere el precio que costara,
Demos el cetro a manos más dignas de llevarlo.

ACTO III

ESCENA I

FEDRA, ENONA

FEDRA. — ¡Ah! que se lleven lejos estos vanos honores.
Importuna, ¿puedes tú desear que me vean?
¿Con qué vas a engañar a mi alma desolada?
Ocúltame más bien: he hablado demasiado.
Mi pasión hacia afuera ha osado mostrarse.
Dije lo que jamás debiera haberse oído.
¡Cielos! ¡Cómo escuchaba! ¡Con cuántos subterfugios
El insensible un tiempo eludió mis palabras!
¡Cuánto deseaba, ingrato, retirarse muy pronto!
¡Y cómo su rubor redobló mi vergüenza!
¿Por qué me desviastes del funesto designio?
Cuando su espada entonces, buscó mi corazón,
¿Palideció por mí? ¿O me la arrebató?
Bastó haberla tocado con esta mano mía;
Horrible la he tornado a sus ojos impíos;
El desdichado hierro profanaría su mano.

ENONA. — Así, en vuestra desdicha, pensando sólo en vos,

alimentáis un fuego que debéis apagar.
¿No sería mejor, digna sangre de Minos,
En más nobles cuidados buscar vuestro reposo?
¿Contra un ingrato amor que recurre a la huida,
Reinar, y del Estado conducir los destinos?

FEDRA. — ¡Reinar yo! Mantener un Estado en la ley,

¡Cuando no reina más en mí ya la razón!
¡Cuando de mis sentidos abandoné el imperio!
¡Y bajo ese vil yugo apenas yo respiro!
¡Cuando me estoy muriendo!

ENONA. — Huid.

FEDRA. — No lo puedo dejar.

ENONA. — Osásteis desterrarlo y no osáis evitarlo.

FEDRA. — Ya no hay más tiempo. El sabe de mi ardor insensato.

Del austero pudor se ha rebasado el cauce.
Declaré mi vergüenza ante mi vencedor,
Y ahora, pese a mí, mi corazón espera.
Tú misma, rescatando mi desvalida fuerza,
y mi alma que en mis labios aparecía errante,
Con serviles consejos supistes reanimarme.
Tú me hiciste entrever que yo podía amarle.

ENONA. — ¡Ay! de vuestras desdichas, inocente o culpable,

¡De qué, para salvaros no habría sido capaz?
Mas si jamás la ofensa irritó vuestro espíritu,
¡Podéis de un altanero olvidar el desprecio?
¡Con qué mirada cruel su dureza obstinada
Os dejaba a sus pies ya casi prosternada!
¡Qué odioso parecía en su huraña soberbia!
¡Por qué en ese momento no tuvisteis mis ojos!

FEDRA. — El podría dejar ese orgullo que hiere.
Criado en ese bosque, de él tiene su rudeza.
Hipólito, con leyes salvajes enseñado,
Oye hablar del amor, por la primera vez.
Quizás es la sorpresa que causó su silencio,
Nuestras quejas, tal vez, tienen mucha violencia.

ENONA. — Pensad que una extranjera lo ha formado en su seno.

FEDRA. — Aunque fuera una Eseyta, ella ha no obstante amado.

ENONA. — Siente por todo el sexo, un odio que es fatal.

FEDRA. — Yo no me veré pues, frente a una rival.

En fin, que tus consejos ya no son oportunos.
Sirve a mi ardor, Enona, y no ya a mi razón.
El opone a mi amor un corazón altivo:
Busquemos atacarlo por su lado sensible.
El brillo de un imperio pareció conmoverlo;
Atenas lo atraía, no ha podido ocultarlo;
la proa de sus barcos hacia ella se tornaba,
y la vela flotaba al viento abandonada.
Ve a hablar de mi parte al joven ambicioso
Enona, has brillar la corona ante él.
Que él se cifia en su frente la sagrada diadema;
Sólo quiero el honor de ajustarla yo misma.
Cedámosle el poder que no puedo guardar.
Enseñará a mi hijo el arte de reinar;
Tal vez quiera por él reemplazar a su padre.
Pongo bajo su ley al hijo y a la madre.
Para hacerlo ceder, tiente todos los medios:
Tus palabras tendrán más fuerza que las mías.
Apremia, implora, gime, dile que Fedra muere;
Atrévete a tomar una voz suplicante.
Yo lo aprobaré todo; no espero más que en tí.
Ve: espero tu retorno para saber de mí.

ESCENA II

FEDRA, sola.

Tú que ves la ignominia a la que he descendido,
Oh Venus implacable, ¿no es acaso bastante?
No podrías llevar más lejos tu crueldad.
Tu victoria es perfecta; tus dardos me han tocado.
¡Ah! cruel, si tú quieres una nueva victoria,

Ataca a un enemigo que te sea más rebelde.
Hipólito te huye; desafiando tu enojo,
Jamás en tus altares ha hincado sus rodillas.
Tu solo nombre ofende sus soberbios oídos.
Oh Diosa, véngate: las causas se asemejan.
Qué él ame. . . pero cómo. . . vuelves sobre tus pasos
Enona ¿me detestan?, ¿no quieren escucharte?

ESCENA III

FEDRA, ENONA

ENONA. — De un imposible amor hay que apagar el
fuego,

Señora. Recordad vuestra virtud pasada.
El Rey, que creímos muerto, va a aparecer aquí;
Teseo ya ha llegado, Teseo está en Trezena.
El pueblo, para verlo, corre y se precipita.
Por cumplir vuestra orden a Hipólito buscaba,
Cuando hasta el mismo cielo, mil gritos estridentes. . .

FEDRA. — Mi esposo está con vida, Enona, es suficiente.
Confesé indignamente un amor que lo ultraja.
Vive: no quiero ya oír una palabra.

ENONA. — ¿Qué?

FEDRA. — Yo te lo predije; pero tú no has querido.
A mi justa inquietud opusiste tu llanto.
Moría esta mañana digna de ser llorada;
Por seguir tus consejos, moriré deshonrada.

ENONA. — ¿Moriréis?

FEDRA. — ¡Justo cielo! ¿qué es lo que he hecho hoy?
Va a aparecer mi esposo y su hijo con él.
Veré ante mí al testigo de mi adúltera llama
Observar con qué rostro abordaré a su padre,
Colmada de suspiros que él no quiso escuchar,

Con los ojos en llanto, que rechazó el ingrato.
Piensas tú que sensible al honor de Teseo,
¿Le oculté la pasión que me tiene abrasada?
¿Dejará traicionar a su rey y a su padre?
¿Podrá pues contener el horror que le causó?
Se callaría en vano. Conozco mi perfidia
Enona, y no soy esa mujer audaz
que goza con el crimen de una tranquila paz,
y sabe que su frente no enrojece jamás.
Conozco mis pasiones, yo las recuerdo todas.
Me parece que ya, estos soberbios muros
tomando la palabra van prestos a acusarme,
y esperan a mi esposo para desengañarlo.
Muramos. De tanto horror la muerte me libere.
¿Es desdicha tan grande cesar ya de vivir?
La muerte al desdichado no le causa terror.
Sólo le temo al nombre que dejo tras de mí.
¿Para mis pobres hijos, qué espantoso legado!
La sangre de Júpiter debe inflamar sus almas;
pero si es justo orgullo el que inspira esa sangre,
el crimen de una madre es carga muy pesada.
Yo tiemblo que palabras, por demás verdaderas,
un día les reprochen una madre culpable.
Yo tiemblo que oprimidos bajo ese odioso peso
ni uno ni otro jamás ose elevar los ojos.
ENONA. — No hay que ponerlo en duda; compadezco
uno y otro;
Jamás temor ha sido más justo que éste vuestro.
Pero a tales afrentas, ¿por qué pues exponerlos?
¿Por qué contra vos misma iréis a declarar?
Ya está hecho: dirán que Fedra, muy culpable
Huye el rostro temido del esposo engañado.
Hipólito feliz que a expensas de una vida
Vos misma al expirar, apoyéis sus palabras.
A vuestro acusador, ¿qué podría responder?

Me será muy sencillo confundirme ante él.
De su victoria horrible lo veré disfrutar,
Y contar vuestra infamia a quién quiera escucharlo.
¡Prefiero que la llama del Cielo me devore!
Pero no me engaños, ¿todavía lo amáis?
¿Con qué ojos miráis a ese príncipe audaz?

FEDRA. — Lo veo como a un monstruo que espanta a mi mirada.

ENONA. — ¿Por qué cederle, entonces, la victoria completa?

Vos le teméis. . . osad, vos primera, acusarlo
Del crimen con el cual puede abrumaros hoy.
¿Quién os desmentirá? Todo está en contra suyo:
Su espada en vuestras manos felizmente olvidada,
Vuestra actual turbación, vuestro dolor pasado,
Su padre, prevenido tiempo ha, por vuestros gritos,
Y su destierro ya por vos misma obtenido.

FEDRA. — ¿Yo? ¿Qué me atreva a oprimir y manchar la inocencia?

ENONA. — Mi celo necesita sólo vuestro silencio.
Temblando como vos, siento algunos escrúpulos.
Me veríais más pronta para afrontar mil muertes.
Pero ya que os pierdo sin tan triste remedio,
Aprecio vuestra vida más que a ninguna cosa.
Hablaré. Y Teseo, por mi advertencia agriado,
Ceñirá su venganza al destierro de su hijo.
Un padre al castigar, Señora, es siempre padre:
Un suplicio ligero satisfará su cólera.
Mas si sangre inocente tuviera que verterse,
¿Qué no demandaría vuestro honor en peligro?
Es muy grande el tesoro para osar exponerlo.
Tenéis que someteros a cualquier ley que os dicte,
Señora; para salvar vuestro honor asediado,
Hay que inmolarlo todo, todo, hasta la virtud.
Vienen, veo a Teseo.

FEDRA. — ¡Ay! Yo veo a Hipólito;
En su mirada altiva, veo escrita mi pérdida.
Haz lo que te parezca, a tí ahora me abandono.
Mi turbación es tal, que por mí nada puedo.

ESCENA IV

TESEO, HIPOLITO, FEDRA, ENONA, TERAMENO.

TESEO. — La suerte a mis deseos cesa ya de oponerse,
Señora; en vuestros brazos pone. . .

FEDRA. — Detenéos, Teseo,
Y no profanéis más pasión tan seductora.
Yo no merezco ya esa dulce complacencia.
Habéis sido agraviado. La celosa fortuna,
Durante vuestra ausencia no excluyó a vuestra esposa.
Indigna de agradaros, y de estar junto a vos,
Sólo debo, desde ahora, pensar en ocultarme.

ESCENA V

TESEO, HIPOLITO, TERAMENO.

TESEO. — ¿Qué extraña es la acogida que hacen a vuestro padre,
Hijo mío!

HIPOLITO. — Sólo Fedra puede explicar su misterio.
Mas si mi ardiente súplica puede aún conmoveros,
Permitidme, Señor, que no la vuelva a ver.
Sufrid que, para siempre, el tembloroso Hipólito
Abandone el lugar que vuestra esposa habita.

TESEO. — Vos, hijo, ¿me dejáis?

HIPOLITO. — Yo no la he buscado:
Sois vos quien a esta orilla, condujisteis sus pasos.
Os dignásteis, Señor, al puerto de Trezena
Confiar, cuando partísteis, a Aricia y a la Reina.
Hasta me fue encargado que de las dos cuidara.
¿Qué obligación, ahora, podría retenerme?
Demasiado en los bosques, mi juventud ociosa
Sobre enemigos viles demostró su destreza.
¿Acaso no podré, de ruín reposo huyendo,
Con sangre más gloriosa teñir mis jabalinas?
No habíais alcanzado la edad que tengo ahora,
Cuando más de un tirano, más de un monstruo temible,
Había, de vuestro brazo, sentido ya su peso;
Y ya, de la insolencia feliz perseguidor,
Habíais, de ambos mares, saneado las orillas.
El tranquilo viajero, no recelaba ultrajes;
Hércules, aliviado al saber vuestros golpes,
De su trabajo, ya, se reposaba en vos.
Y yo, hijo ignorado de tan glorioso padre,
Estoy aún muy lejos del rastro de mi madre.
Sufrid que mi valor ose al fin emplearse.
Sufrid, si monstruo alguno de vos pudo escapar,
Que a vuestros pies os traiga su espléndido despojo,
O que una hermosa muerte, de memoria durable,
Eternizando días noblemente concluídos,
Al universo pruebe que yo era vuestro hijo.

TESEO. — ¿Qué veo? ¿Qué horror aquí mismo
esparcido

A mi vista hace huir turbada a mi familia?
Si tan temido vuelvo y tan poco deseado,
Cielos, de mi prisión ¿por qué me habéis sacado?
Tenía un solo amigo. Su pasión imprudente
Del tirano de Epiro le hizo raptar la esposa;
Lamentando serví su designio amoroso;
Mas la suerte irritada nos cegaba a los dos.

Me sorprendió el tirano sin defensa y sin armas.
He visto a Piritoo, objeto de mi llanto,
Librada por el bárbaro a unos monstruos crueles
Que él nutría con sangre de infelices mortales.
A mí mismo encerróme en lóbregas cavernas,
Vecinas del imperio profundo de las sombras.
Al cabo de seis meses los Dioses me miraron:
Supe engañar los ojos de quien me vigilaba.
De un pérfido enemigo logré purgar la tierra;
A sus monstruos, él mismo les sirvió de alimento;
Y cuando entusiasmado puedo acercarme al fin
A aquello que los Dioses más caro me dejaron;
¿Qué digo? cuando mi alma, por fin recuperada,
Acude ahora a saciarse en los queridos rostros,
Tengo por acogida, sólo estremecimientos:
Todo huye y me rechaza, rechaza mis abrazos.
Y yo mismo, sintiendo el terror que provoco,
Quisiera estar aún en la prisión de Epiro.
Hablad. Fedra se queja de que he sido ultrajado.
¿Quién me ha traicionado? ¿Por qué no me han vengado?
Grecia, a la que mi brazo fue tantas veces útil,
¿Acordó al criminal un asilo seguro?
Nada me respondéis. Mi hijo, mi propio hijo
¿Acaso se ha entendido ya con mis enemigos?
Entremos. Demasiado me agobian esas dudas.
Conozcamos a un tiempo el crimen y al culpable.
Que Fedra explique al fin su propia turbación.

ESCENA VI

HIPOLITO, TERAMENO.

HIPOLITO. — ¿Qué buscaba un discurso que me ha
helado de espanto?

Fedra, siempre cautiva de su pasión extrema,
¿Quiere acaso acusarse y a sí misma perderse?
¿Dioses! ¿Qué dirá el Rey? ¿Qué funesta ponzoña
Distribuyó el amor sobre toda su casa!
Yo mismo ardo en un fuego que su odio reprueba,
¿Cómo me vio el antaño y cómo ahora me encuentra!
Negros presentimientos acuden a espantarme.
Mas la inocencia al fin nada debe temer.
Vayamos a buscar en qué forma ingeniosa
Podría, de mi padre conmover la ternura,
Y hablarle de un amor que acaso turbar quiere,
Pero que su poder no podría alterar.

ACTO IV

ESCENA I

TESEO, ENONA.

TESEO. — ¡Ah! ¿Qué es lo que oigo? ¿Un traidor
temerario

Preparaba este ultraje al honor de su padre?
¿Con qué severidad, Destino, me persigues!
Yo no sé adonde voy, tampoco adonde estoy.
¿Oh ternura! ¿Oh bondad tan mal recompensada!
¿Proyecto temerario! ¿Odioso pensamiento!
Para lograr al fin de su amor criminal,
Recurre el insolente al favor de la fuerza.
Reconocí la espada, de su rabia instrumento,
Con la que yo lo armé para un uso más noble.
¿Los lazos de la sangre no pudieron frenarlo?
¿Y Fedra demoraba que se le castigase?
¿El silencio de Fedra protegía al culpable?

ENONA. — Fedra temía más bien entristecer a un padre.
Confusa ante el designio de un amante exaltado,
Y del fuego culpable que en sus ojos brillaba,
Fedra moría, Señor, y su mano homicida
Apagaba la luz de sus cándidos ojos.
Vi levantarse el brazo; corrí para salvarla.
Yo sola a vuestro amor la supe conservar.
Su confusión sintiendo a la vez que vuestra alarma,
Serví, a pesar mío, de intérprete a sus lágrimas.

TESEO. — Su palidez no pudo, el pérfido, evitar.

De miedo, al abordarme, vi que se estremecía.
Me sorprendió también su falta de alegría;
Sus abrazos tan fríos helaron mi ternura.
Mas este amor culpable que tanto lo devora
¿En Atenas se había manifestado ya?

ENONA. — Señor, tened presentes las quejas de la Reina.
Un amor criminal causó todo su odio.

TESEO. — Y ese fuego, en Trezena, ¿ha pues
recomenzado?

ENONA. — Os he dicho, Señor, todo lo que ha pasado.
Demasiado a la Reina en su dolor, dejé;
Sufrid que os abandone y que acuda a su lado.

ESCENA II

TESEO, HIPOLITO.

TESEO. — ¡Helo ya aquí! ¡Oh Dioses! Esa noble
postura,
¿Qué ojo no se habría engañado como el mío?
¿Puede acaso en la frente de un adúltero impío
Brillar de la virtud los sagrados indicios?
Y no se debería, por señales certeras,
¿Reconocer el alma de los humanos pérfidos?

HIPOLITO. — ¿Puedo yo preguntaros qué funesto
presagio,
Señor, habrá turbado vuestro augusto semblante?
¿No osaréis a mi fe confiarle ese secreto?

TESEO. — Pérfido, ¿y te atreves a mostrarte ante mí?
Monstruo, a quien el rayo ignoró mucho tiempo,
Resto de los bandidos de que purgué a la tierra,
Luego que el arrebató de un amor de horror pleno
Al lecho de tu padre arrastró su furor,
Te atreves a mostrarme tu cabeza enemiga,

Apareces en sitios colmados de tu infamia,
Y no vas a buscar, bajo un cielo ignorado,
Países a los cuales no ha llegado mi nombre.
Huye, traidor. No vengas a desafiar mi odio,
Y a tener una cólera que yo retengo apenas.
Demasiado me basta con el oprobio eterno
De haber dado la vida a un hijo criminal,
Sin que tu muerte aún, vergüenza en mi recuerdo,
De mis nobles trabajos venga a manchar la fama.
Huye; y si no quieres que un súbito castigo
Te agregue a los malvados que castigó mi mano,
Cuida de que jamás el astro que ilumina
Te vea en estos sitios poner un pie atrevido.
Huye, y sin regreso precipitando el paso,
Purga a todos mis reinos de tu horrible presencia.
Y tú, Neptuno, y tú, si antaño mi valor
De infames asesinos despejó tus riberas,
Recuerda que por precio de mi feliz esfuerzo,
Prometiste acceder a mi primer deseo.
En los largos rigores de una prisión cruel
No he implorado jamás tu poder inmortal.
Avaro del socorro que esperaba de tí,
Te reservé mis ruegos para mayor urgencia.
Hoy te lo imploro. Venga a un padre desdichado.
Entrego este traidor a tu cólera toda.
En su sangre sofoca su deseo insolente:
En tu furor, Teseo, conocerá tu gracia.

HIPOLITO. — ¡De un amor criminal acusa Fedra a
Hipólito!

Tal exceso de horror sobrecoge a mi alma;
Golpes tan imprevistos me agobian a la vez,
Que me quitan el habla y sofocan mi voz.

TESEO. — Traidor, tú pretendías que en cobarde
silencio
Fedra sepultaría tu brutal insolencia.

No debiste, al huir, dejar abandonado
El hierro que en sus manos ayuda a condenarte;
O más bien, sí, debiste, colmando tu perfidia,
Arrebatarle juntas, la palabra y la vida.

HIPOLITO. — Por mentira tan negra, justamente
irritado,

Yo debería hacer hablar a la verdad,
Señor; pero me guardo un secreto que os hiere.
Aprobad el respeto que me cierra la boca;
Y sin querer vos mismo ampliar vuestro tormento,
Examinad mi vida y pensad quien soy yo.
Algún crimen precede siempre a los grandes crímenes.
Quienquiera haya franqueado los legítimos límites
Puede violar al fin derechos más sagrados;
Tal como la virtud, tiene el crimen sus grados;
Y no se vio jamás de la inocencia tímida
De repente pasar a la extrema licencia.
Un solo día no hace de un virtuoso mortal
Un pérfido asesino, un cobarde incestuoso.
Educado en el seno de una casta heroína,
Jamás ha desmentido de su sangre el origen.
Piteo, a quien se estima prudente entre los hombres,
Al salir de sus manos, se dignó instruirme.
No quiero yo pintarme con ventaja excesiva;
Mas si alguna virtud me tocó en el reparto,
Señor, creo sobre todo haber manifestado
El odio por las faltas que osan imputarme.
Por ese rasgo Hipólito es conocido en Grecia.
Tal virtud la he llevado así hasta la rudeza.
Sabén de mi actitud el rigor inflexible.
El día no es más puro que el fondo de mi alma.
Y pretenden que Hipólito, con un ardor impío. . .

TESEO. — ¡Sí, es ese mismo orgullo, cobarde! el que te
acusa.

Veo de tu frialdad la causa aborrecible:

Sólo Fedra encantaba a tus ojos impúdicos;
Y tu alma indiferente para todo otro ser
Desdeñaba el ardor de una llama inocente.

HIPOLITO. — Padre, mi corazón —ya no quiere
ocultarlo—

No ha desdeñado arder con un amor virtuoso.
Confieso a vuestros pies mi verdadera ofensa:
Amo, amo, es verdad, aunque lo habéis prohibido.
Aricia de sus leyes mis deseos tiene esclavos;
La hija de Palante ha vencido a vuestro hijo.
La adoro, y mi alma, rebelde a vuestras órdenes,
No puede suspirar ni arder sino por ella.

TESEO. — ¿La amas? ¡Oh Cielos! No, burdo es el
artificio.

Te finges criminal para justificarte.

HIPOLITO. — Señor, hace seis meses que la evito y la
amo.

Tembloroso venía a decíroslo yo mismo.
¿Cómo? ¿De vuestro error nadie puede sacaros?
¿Con qué atroz juramento podría sosegaros?
Que la tierra y el cielo y la natura entera. . .

TESEO. — Siempre los desalmados recurren al perjurio.
Calla, calla y evítame un discurso importuno,
Si tu falsa virtud no tiene otra disculpa.

HIPOLITO. — Ella os parece falsa y plena de artificios.
Fedra misma, en el fondo, me hacía más justicia.

TESEO. — ¡Cómo excita mi enojo esta impudicia tuya!

HIPOLITO. — ¿Qué tiempo y qué lugar destináis a mi
exilio?

TESEO. — Aunque allende estuvieras de las columnas de
Hércules,

Demasiado vecino me sentiría de un pérfido.

HIPOLITO. — Cargado con el crimen atroz que
sospecháis,

¿Quienes se apiadarán si vos me abandonáis?

TESEO. — Vete a buscar amigos cuya funesta estima
Exalte el adulterio y celebre el incesto,
Ingratos y traidores, sin honor y sin ley,
Dignos de proteger a ruines como tú.

HIPOLITO. — ¡Me habláis siempre de incesto, y me
habláis de adulterio!
Me callo. Sin embargo, Fedra tuvo una madre,
Fedra tiene una sangre, Señor, bien lo sabéis,
Llena de esos horrores mucho más que la mía.

TESEO. — ¿Qué? ¿Tu rabia ante mis ojos pierde todo
recato?
Por última vez, digo, quítate de mi vista:
Sal, traidor. No esperes que un padre enfurecido
Te haga con oprobio, arrancar de estos sitios.

ESCENA III

TESEO, solo.

TESEO. — Ah Miserable! corres a tu infalible pérdida.
Neptuno, por el río que aterra hasta a los Dioses,
Me ha dado su palabra, y se apresta a cumplirla.
Dios vengador te sigue, no puedes evitarlo.
Te amaba; ahora siento que a pesar de tu ofensa,
Mis entrañas por tí, desde ya se estremecen.
Pero tú me obligaste de sobra a condenarte.
¿Qué padre fue, en efecto, más que yo ultrajado?
Justos Dioses que véis el dolor que me agobia,
¿Pude darle la vida a un hijo tan culpable?

ESCENA IV

FEDRA, TESEO.

FEDRA. — Señor, vengo hacia vos llena de justo espanto.
Vuestra temible voz ha llegado hasta mí.
Temo que un pronto efecto suceda a la amenaza.
Si es tiempo todavía, salvad a vuestra estirpe,
Respetad vuestra sangre, a rogaros me atrevo.
Evitadme el horror de escucharla clamar;
Y no me condenéis al eterno dolor
De haberla hecho verter por la mano paterna.

TESEO. — No, Señora, en mi sangre no se empapó mi
mano;
Sin embargo, el ingrato no se me ha escapado.
Una mano inmortal se encarga de su muerte.
Neptuno me la debe, y vos seréis vengada.

FEDRA. — ¿Os la debe Neptuno? Vuestro deseo
irritado...

TESEO. — ¡Cómo! ¿Teméis acaso que hayan sido
escuchados?

Uníos más bien ahora a mis ruegos legítimos.
Describídme sus crímenes con todas sus infamias;
Enardeced mi enojo por demás retenido.
Aún no conocéis, oh no! todos sus crímenes;
Su ira contra vos se derrama en injurias:
Vuestra boca, lo dice, llena está de imposturas;
Asegura que Aricia posee su corazón,
Que la ama.

FEDRA. — ¿Cómo, Señor?

TESEO. — Ante mí así lo ha dicho.
Mas yo sé rechazar un frívolo artificio.
De Neptuno esperemos una pronta justicia.
Yo mismo voy a ir al pie de sus altares,
A apremiarlo a que cumpla su promesa inmortal.

ESCENA V

FEDRA, sola.

FEDRA. — Sale ¡Ay! ¿Qué noticia ha herido mis oídos?
¿Qué fuego mal ahogado despierta en mis entrañas?
¿Qué rayo y qué funesta revelación, oh Cielos!
Volaba toda entera en auxilio de su hijo,
Y apartando los brazos de la espantada Enona,
Cedía al remodimiento que así me atormentaba.
Ese arrepentimiento, ¿adónde me llevaba?
A acusarme quizás yo habría consentido;
Quizás, si la palabra no me hubiesen cortado,
La espantosa verdad se me habría escapado.
¡Hipólito es sensible, nada siente por mí!
¡Tiene Aricia su fe, posee su corazón!
Oh Dios; ante mis ruegos, el ingrato inmutable,
Con ojo altivo armábase, con frente tan temible,
Que pensé que al amor, su corazón cerrado,
Contra todo mi sexo igualmente se armaba.
Sin embargo fue otra la que venció su orgullo;
Ante sus ojos crueles, otra ha encontrado gracia.
Quizás su corazón muy fácil se enternezca.
Soy yo el único ser que no puede sufrir;
¿Y yo me encargaría de asumir su defensa?

ESCENA VI

FEDRA, ENONA.

FEDRA. — ¿Sabes tú, cara Enona, de lo que me he enterado?

ENONA. — No; mas vengo temblorosa y no quiero mentiros.

Pálida ante el designio que os llevó a retiraros
Temí que un desvarío os fuera al fin funesto.

FEDRA. — ¿Quién lo creyera, Enona? Tenía una rival.

ENONA. — ¿Qué?

FEDRA. — Hipólito la ama y no puedo dudarle.
Ese hurraño enemigo que parecía indomable,
A quién hería el respeto, la queja importunaba,
Ese tigre que nunca abordé sin temor,
Sumiso ahora y dócil, conoce a un vencedor:
Halló Aricia el camino hacia su corazón.

ENONA. — ¿Aricia?

FEDRA. — ¡Ay dolor nunca antes padecido!
¿Qué nuevo y cruel tormento me estaba reservado!
Todo lo que he sufrido, mis miedos y arrebatos,
La fuerza de mi ardor, el horror de mi culpa,
Y de un rechazo cruel la insoportable injuria,
Débil ensayo fue del tormento que sufro.
¿Se aman! ¿Con qué hechizo engañaron mis ojos?
¿Cómo pudieron verse? ¿Desde cuando y adónde?
Lo sabías. ¿Por qué me dejaste engañar?
¿De su furtivo ardor, no podías instruirme?
¿Los han visto a menudo conversando, buscándose?
¿En lo hondo de los bosques a ocultarse acudían?
¡Ay de mí! se veían en plena libertad.
El Cielo de su amor aprobó la inocencia;
Sin tormentos seguían su atracción amorosa;
Todos los días se alzaban para ellos tan serenos.
Y yo, triste rechazo de la naturaleza,
Me ocultaba del día, y le huía a la luz;
No me atrevía a implorar a más Dios que a la muerte.
Aguardaba el momento en que debía morir;
Nutriéndome de hiel, de lágrimas saciada,
Hasta en mi desventura observada de cerca,
No me atrevía en mis llantos a ahogarme sosegada:
Gustaba temblorosa tan funesto placer;

Y con frente serena encubriendo mis ansias,
Debí, muy a menudo privarme de mis lágrimas.

ENONA. — ¿Qué fruto gustarán de sus vanos amores?
Ya no se verán más.

FEDRA. — Se amarán para siempre.

¡En el instante en que hablo, ah mortal pensamiento!

Desafían el furor de una amante insensata.

A pesar del exilio que los va a separar,

Hacen mil juramentos de no dejarse nunca.

No, no puedo sufrir la dicha que me ultraja,

Enona. Ten piedad de mi celosa rabia.

Hay que perder a Aricia. Contra una raza que odia

Debemos despertar la furia de mi esposo.

Y que no se limite a ligeros castigos;

El crimen de la hermosa vence al de los hermanos.

Sumida en mi arrebató yo le quiero implorar.

¿Qué hago? ¿Mi razón adónde se extravió?

¡Yo celosa! ¡Y mi súplica se dirige a Teseo!

¡Mi esposo vive aún y yo ardo todavía!

¿Por quién? ¿Qué corazón pretenden mis deseos?

Hablo y sobre mi frente se erizan mis cabellos.

Mis crímenes ahora colmaron la medida.

Destilo al mismo tiempo el incesto y la impostura.

Mis manos homicidas prontas para vengarme,

En la sangre inocente arden por sumergirse.

¡Miserable! ¿y aún vivo? ¿y soporto la vista

De ese sagrado sol del cual he descendido?

¡Mi abuelo es el señor y el padre de los Dioses;

De mis antepasados el cielo está colmado.

¿Dónde ocultarme? Huyamos a la noche infernal.

¿Qué digo? allí mi padre alza la urna fatal;

El Destino la puso en sus severas manos:

Minos, en los infiernos, juzga a pálidos seres

¡Cómo ha de estremecerse su sombra ay! espantada,

Cuando vea a su hija llegar a su presencia,

A confesar forzada sus crímenes diversos,
¡Crímenes que quizás ignoran los infiernos!
¿Qué dirás, padre mío, de ese atroz espectáculo?

Creo ver de tu mano caer la urna terrible;

Creo verte, buscando algún suplicio nuevo,

Tú mismo, de tu sangre convertirte en verdugo.

Perdona. Un Dios cruel ha perdido a tu stirpe;

Descubre su venganza en la pasión de tu hija.

¡Ay! del crimen horrible cuya vergüenza acosa

Mi triste corazón jamás recogió el fruto.

Hasta el postrer suspiro, por penas perseguida,

Exhale entre tormentos una penosa vida.

ENONA. — Rechazad ya, Señora, un injusto terror.

Mirad con otros ojos un excusable error.

Amáis. Ninguno puede vencer a su destino.

Por un fatal hechizo habéis sido arrastrada.

¿Acaso es un prodigio extraño entre nosotros?

¿El amor ha triunfado únicamente en vos?

La flaqueza, entre humanos, es más que natural.

Sois mortal, sufrid pues la suerte de un mortal.

Os lamentáis de un yugo impuesto de hace tiempo:

Los Dioses, sí, los Dioses que habitan el Olimpo,

Y con grandes estruendos espantan a los crímenes,

Alguna vez ardieron con fuegos ilegítimos.

FEDRA. — ¿Qué oigo? ¿Qué consejos se atreven ahora a
darme?

¿Así pues hasta el fin quieres envenenarme,

Desdichada? Mira como tú me perdiste:

A la luz que evitaba, tú quisiste volverme.

Tus súplicas me hicieron olvidar mi deber.

A Hipólito evitaba, tú hiciste que lo viera.

¿De qué te has encargado? ¿Por qué tu boca impía,

Se atrevió, al acusarlo, a mancillar su vida?

Quizás muera por eso, y de un padre insensato

El sacrílego ruego puede ser satisfecho.

Ya no te escucho más. Vete monstruo execrable.
Ve, déjame el cuidado de mi infeliz destino.
Ojalá el justo cielo te pague dignamente.
Y pueda tu suplicio asustar para siempre
A los que como tú, con cobardes ardides,
Nutren a las flaquezas de desdichados príncipes,
Fomentan las pasiones de un corazón propenso
¡Y se atreven del crimen a allanar el camino;
Odiosos adulones, el más funesto obsequio
Que la celeste cólera pueda hacer a los reyes!
ENONA. — (Sola) ¡Dioses! Para servirla lo hice y lo dejé
todo,
¿Y recibo este premio? Lo tengo merecido.

ACTO QUINTO

ESCENA I

HIPOLITO, ARICIA.

ARICIA. — ¿Cómo? ¿Podéis callaros ante ese riesgo extremo?
¿Dejáis en el error a un padre que os adora?
Cruel, si de mi llanto desdeñando el poder,
Sin pena consentís a no verme ya más,
Partid, y separaos de la apenada Aricia.
Pero al menos, al iros, proteged vuestra vida.
Defended vuestro honor de un reproche afrentoso,
Forzad a vuestro padre a revocar sus ruegos.
Hay tiempo todavía. ¿Por qué, por qué capricho,
Dejáis el campo libre a vuestra acusadora?
Explicadle a Teseo.
HIPOLITO. — ¿Qué es lo que no le he dicho?
¿Debía revelar de su lecho el oprobio?
¿Debía yo, al hacerle un relato sincero,
De un indigno rubor cubrir la faz de un padre?
Sólo vos percibisteis ese misterio odioso.
Mi alma se abre ahora sólo a vos y a los Dioses.
No he podido ocultaros, juzgad cuánto os amo,
Todo lo que quería ocultarme a mí mismo.
Pensad bajo qué sello os lo he revelado.
Olvidad, si podéis, que yo os he hablado,
Señora; y que jamás una boca tan pura
Se abra para contar esta horrible aventura.

Osemos confiarnos en la equidad divina:
 En hacerme justicia de sobra se interesan;
 Fedra, tarde o temprano por su crimen penada,
 No podría evitar la muy justa ignominia.
 Este respeto es sólo lo que exijo de vos.
 Permito todo el resto a mi libre furor.
 Romped la esclavitud a que estáis reducida;
 Atrevéos a seguirme y a acompañar mi fuga;
 Arrancaos de un sitio funesto y profanado,
 En donde la virtud respira corrupción;
 Servíos, para ocultar vuestra pronta partida,
 Del desorden que aquí arroja mi desgracia.
 Puedo, de vuestra huída, asegurar los medios.
 No tenéis por ahora más guardias que los míos;
 Muy fuertes defensores sostendrán nuestra causa;
 Argos tiende sus brazos y Esparta nos reclama.
 A comunes amigos llevemos nuestro grito;
 No suframos que Fedra, reuniendo nuestros restos,
 Del trono paternal nos arroje a uno y otra,
 Y prometa a su hijo mi despojo y el vuestro.
 La ocasión es hermosa, debéis aprovecharla.
 ¿Qué temor os retiene? ¿Parecéis vacilar?
 Vuestro solo interés me inspira tal audacia.
 ¿Cuándo soy todo fuego, de dónde os viene el hielo?
 ¿Detrás de un desterrado teméis quizás marchar?

ARICIA. — Tal exilio, Señor, ¡cuán caro me sería!
 En qué enajenamientos, a vuestra suerte unida,
 ¡Del resto de los hombres viviría olvidada!
 Pero no estando unidos por un lazo tan dulce,
 ¿Podría con honor huir así con vos?
 Bien sé que sin herir al honor más severo,
 Puedo ya liberarme de manos de Teseo:
 No sería arrancarme del seno de mis padres;
 Le es permitido huir al que huye de tiranos.
 Mas vos ma amáis, Señor; y mi honor alarmado. . .

HIPOLITO. — No, no, ya demasiado vuestra fama me inquieta.
 Un deseo más noble me hace llegar a vos:
 Huid del enemigo, seguid a vuestro esposo.
 Libres en la desdicha, ya que el Cielo lo ordena,
 El don de nuestra fe no depende de nadie.
 El himeneo no siempre va rodeado de antorchas.
 De Trezena en las puertas y entre aquellos sepulcros,
 Antiguas sepulturas de mi raza de príncipes,
 Hay un templo sagrado, terror de los perjuros.
 Los mortales, allí, no osan jurar en vano.
 Allí recibe el pérfido un súbito castigo;
 Y temiendo encontrar la inevitable muerte,
 La mentira no tiene freno más formidable.
 Allí, si me creéis, de un amor inmortal
 A confirmar iremos la promesa solemne;
 Tendremos por testigo al Dios que allí se adora;
 Le rogaremos ambos que nos sirva de padre.
 De los Dioses más sacros, invocaré los nombres.
 Y ya la casta Diana y hasta la augusta Juno
 Y en fin todos los Dioses testigos de mi amor,
 Confirmarán la fe de mis santas promesas.

ARICIA. — El Rey viene. Huid, y partid prontamente.
 Para ocultar mi huída, me quedaré un momento.
 Idos; pero dejadme algún guía seguro,
 Que conduzca hacia vos mis inseguros pasos.

ESCENA II

TESEO, ARICIA, ISMENA.

TESEO. — Dioses, iluminadme y dignaos a mis ojos
 Mostrarles la verdad que busco en estos sitios.

ARICIA. — Ismena, piensa en todo y apréstate a la huída

ESCENA III

TESEO ARICIA.

TESEO. — Vos cambiáis de color y parecéis turbada,
¿Señora, qué hacía Hipólito aquí en este sitio?

ARICIA. — Señor, él me expresaba sus eternos adioses.

TESEO. — Vuestros ojos supieron domar su rebeldía;
Sus primeros suspiros han sido vuestra obra.

ARICIA. — Señor, no puedo ya negaros la verdad:
De vuestro injusto odio no ha sido el heredero;
No me ha tratado nunca como a una criminal.

TESEO. — Ya comprendo: ¿os juraba un eternal amor?
No debéis confiar en su alma inconstante;
Porque a otras también les juraba lo mismo.

ARICIA. — ¿El, Señor?

TESEO. — Deberíais hacerlo menos frívolo.
¿Cómo podríais sufrir tan horrible reparto?

ARICIA. — ¿Y cómo sufrís vos que discursos horribles
De una vida tan bella osen manchar el curso?
¿Tan poco conocéis vos a su corazón?
¿Y tan mal discernís la inocencia del crimen?
A vuestros ojos sólo una nube execrable
¿Oculta su virtud que brilla en todas partes?
¡Demasiado es librarlo a una pérfidas lenguas!
Cesad: arrepentíos de votos homicidas;
Temed, Señor, temed que el Cielo riguroso
Os oíe lo bastante como para escucharos.
A menudo en su cólera recibe a nuestras víctimas;
Y a menudo sus dones castigan nuestros crímenes.

TESEO. — No, en vano pretendéis encubrir su atentado:
Os ciega vuestro amor en favor del ingrato.
Mas yo creo en testigos veraces y sin tacha:
Yo ví, yo ví correr lágrimas verdaderas.

ARICIA. — Señor, tened cuidado. Vuestro invencible
brazo

De innumerables monstruos liberó a los humanos;
No todo está destruido pues vos dejáis con vida
A uno. . . vuestro hijo me prohíbe continuar.
Instruida del respeto que os quiere conservar,
Mucho lo afligiría si osara proseguir.
Imito su pudor y me alejo de vos.
Para que no me fuercen a romper el silencio.

ESCENA IV

TESEO, solo.

TESEO. — ¿Cuál es su pensamiento? ¿Y qué oculta un
discurso

Comenzado cien veces, interrumpido siempre?
¿Quieren cegarme acaso con una ficción vana?
¿Se han puesto ambos de acuerdo para mortificarme?
Mas yo mismo, a pesar de mi rigor severo,
¿Qué lastimera vos grita en mi corazón?
Una piedad secreta me aflige y me sorprende.
Una segunda vez preguntemos a Enona.
Quiero, de todo el crimen, estar más informado.
Guardias, que salga Enona, que venga sola aquí.

ESCENA V

TESEO, PANOPA.

PANOPA. — Desconozco el proyecto que la Reina
medita,
Señor, mas todo temo del ardor que la agita.

Una mortal angustia se ha pintado en su rostro;
El color de la muerte ya está sobre su tez.
Y ya de su presencia, con vergüenza arrojada,
En el profundo mar Enona se ha lanzado.
No se sabe de dónde partió el designio loco;
Y las olas por siempre la arrebataron ya.

TESEO. — ¿Qué oigo?

PANOPA. — Su muerte no ha cambiado a la Reina:
La confusión aumenta en su alma indecisa.
A veces, por calmar sus secretos dolores,
Levanta ella a sus hijos y los baña de llanto;
De pronto, renunciando a su amor maternal,
Su mano con horror los rechaza y aleja.
Sus inseguros pasos al azar la conducen;
Su mirada extraviada no nos conoce más.
Por tres veces ha escrito; y cambiando de idea,
Tres veces desgarró su carta comenzada.
Señor, dignaos verla; dignaos socorrerla.

TESEO. — ¡Cielos! ¿Enona ha muerto y Fedra quiere morir?

¡Que llamen a mi hijo, que acuda a defenderse!
Que venga a hablar conmigo, pronto estoy a escucharlo.
No precipites aun tus funestas bondades,
Neptuno; yo prefiero que no me las concedas,
Quizá creí demasiado a testigos infieles
Y muy pronto hacia tí tendí mis manos crueles.
¡Qué desesperación seguirá a mis deseos!

ESCENA VI

TESEO, TERAMENO.

TESEO. — ¿Eres tú, Terameno? ¿Qué has hecho de mi hijo?

Te lo había confiado desde la edad más tierna.
¿Pero de dónde nacen las lágrimas que viertes?
¿Qué hace mi hijo?

TERAMENO. — ¡Oh cuidados superfluos y tardíos!
¡Inútiles ternuras! Ya Hipólito no existe.

TESEO. — ¡Dioses!

TERAMENO. — Ha muerto el más amable de todos los mortales,

Y oso decir también que era el menos culpable.

TESEO. — ¿Mi hijo no existe ya? Cuando quiero abrazarlo,

¿Los Dioses impacientes apuraron su muerte?

¿Quién me lo ha arrebatado? ¿Qué rayo repentino?

TERAMENO. — Apenas franqueamos las puertas de Trezena,

Montó sobre su carro; sus guardias afligidos
Su silencio imitaban, alineados en torno;
Seguía pensativo la ruta de Micenas;
Flotar dejó las bridas, su mano, en los caballos.
Sus soberbios corceles, que se los viera antaño,
Plenos de ardor tan noble rendirse ante su voz,
Con mirada sombría y la cabeza baja,
Parecían conformarse a sus tristes ideas.
Un espantoso grito, surgido de las olas,
Del aire en ese instante perturbó la quietud;
Del seno de la tierra, una voz formidable
Responde con gemidos a ese grito temible.
En nuestros corazones se nos heló la sangre;
De los corceles tensos las crines se erizaron.
Mientras que en las espaldas de la llanura líquida
Se eleva a borbotones una montaña húmeda;
La ola se aproxima, se rompe, y nos vomita,
Entre mares de espuma, un monstruo furibundo.
Cuernos amenazantes arman su frente amplia;
Su cuerpo está cubierto de escamas amarillas;

Un indomable toro, dragón impetuoso,
Su grupa se retuerce en repliegues tortuosos.
Sus profundos mugidos hacen temblar la playa.
El cielo con horror ve a ese monstruo salvaje;
La tierra se conmueve, el aire se corrompe;
La ola que lo trajo, retrocede espantada.
Todo huye: y sin armarse de valentía inútil,
En el templo vecino todos buscan asilo.
Hipólito tan sólo, digno hijo de un héroe,
Detiene sus corceles, tomas sus jabalinas,
Al monstruo apunta: un dardo de su mano lanzado,
En el flanco lo hiere y le abre una amplia llaga
De rabia y de dolor el monstruo revolviéndose,
Al pie de los caballos vino a caer mugiendo,
Se enrosca, y les presenta las fauces encendidas,
Que los cubre de fuego, y de sangre y de humo.
El terror los arrastra; y sordos esta vez,
No reconocen más ni el freno ni la voz.
En esfuerzos inútiles su amo se consume;
Enrojecen el freno con espuma sangrienta.
Dicen que hasta se vió, en ese atroz desorden,
Un Dios que agujoneaba sus flancos polvorientos.
A través de las rocas el pavor los arrastra;
Gime el eje y se rompe. Y el intrépido Hipólito
Ve volar en astillas su carro destrozado;
El mismo entre las riendas enredado se cae.
Excusad mi dolor. Esa imagen cruel
Ha de ser de mis lágrimas un manantial eterno.
Yo ví, Señor, yo ví vuestro hijo desdichado
Llevado por las bestias que su mano nutrió.
El procura llamarlas, y su voz las espanta;
Corren. Todo su cuerpo ya no es más que una llaga.
La llanura resuena con nuestros tristes gritos.
Esa fuga impetuosa disminuye por fin:
Se detienen, no lejos de esas antiguas tumbas

Donde de sus abuelos yacen las frías reliquias.
Allí corro gimiendo, y su guardia me sigue.
El rastro de su sangre generosa nos guía:
Teñida está la roca; y las zarzas chorreando
Muestran de sus cabellos los despojos sangrientos.
Me acerco a él, lo llamo; tendiéndome la mano,
Abre un ojo expirante, y al instante lo cierra.
“Me arranca el cielo—dice— una inocente vida.
Después que muera, cuida de la doliente Aricia.
Amigo, si mi padre, desengañado un día
Plañe el dolor de un hijo falsamente acusado,
Para calmar mi sangre y mi sombra quejosa,
Dile que con dulzura trate ahora a su cautiva;
Que le devuelva. . .” el héroe con esto ya ha expirado,
Sólo dejó en mis brazos a un ser desfigurado,
Restos en los que triunfa la ira de los Dioses,
Y que ni aún su padre podía reconocer.

TESEO. — ¡Hijo mío! ¡Esperanza que yo me malogré!
¡Inexorables Dioses, demasiado serviles!
¡A qué remordimientos mi vida se consagra!

TERAMENO. — La ruborosa Aricia llegó en ese momento.

Acudía, Señor, huyendo de vuestra ira,
Por esposo a aceptarlo delante de los Dioses.
Se acerca: ve la hierba encarnada y humeante;
Y ve ¡ay qué espectáculo para una enamorada!
A Hipólito tendido, sin forma y sin color.
Quiere, algunos instantes, dudar de su desdicha,
Y no reconociendo ya al héroe a quien adora,
Aunque lo ve a Hipólito, aun lo sigue llamando.
Mas segura por fin de que está ante sus ojos,
Con doliente mirada los acusa a los Dioses,
Y fría, gemebunda y casi inanimada,
A los piés de su amado cae desvanecida.
Ismena está a su lado; Ismena, toda en llanto,

La reclama a la vida, o más bien al dolor.
Y yo, aquí he venido, maldiciendo a la luz,
A deciros de un héroe la postrer voluntad,
Y así cumplir, Señor, la tarea desdichada
Que en mí depositó su corazón exánime.
Pero veo que viene su mortal enemiga.

ESCENA VII

TESEO, FEDRA, TERAMENO, PANOPA, guardias.

TESEO. — ¡Y bien! Triunfáis, Señora, y mi hijo está sin vida.

¡Cuánto debo temer! ¡Y qué cruel sospecha
Que en mi pecho lo absuelve, me alarma con razón!
Pero, Señora, ha muerto, recoged vuestra víctima:
Gozáos con su pérdida, legítima o injusta.
Consiento que mis ojos sean por siempre engañados.
Lo creo criminal, puesto que lo acusáis.
A mi llanto, su muerte da bastante motivo,
Sin salir a buscar aborrecibles luces,
Que al no poder volverlo a mi justo dolor,
No harían más que aumentar quizás mi gran desdicha.
Lejos de vos, dejadme, y lejos de esta orilla,
De mi hijo desgarrado escapar a la imagen.
Confuso, perseguido por un mortal recuerdo,
Del universo entero quisiera desterrarme.
Todo parece alzarse contra mi iniquidad.
El brillo de mi nombre aumenta aun mi suplicio.
Yo, menos conocido, me ocultaría mejor.
Odio hasta ese cuidado con que me honran los Dioses;
Y me voy a llorar sus favores sangrientos,
Sin fatigarlos más con inútiles ruegos.
Por más que por mí hicieran, su funesta bondad

No podría pagarme lo que ellos me han quitado.

FEDRA. — Teseo, hay que romper un injusto silencio:
Se debe a vuestro hijo devolver la inocencia.
El no era culpable.

TESEO. — ¡Padre desventurado!
¡Y por confiar en vos yo lo he condenado!
Cruel, creéis que estáis de sobre disculpada. . .

FEDRA. — Los momentos apremian, escuchadme,
Teseo.

Soy yo quien a ese hijo tan respetuoso y casto
Osé mirar con ojos profanos e incestuosos.
Puso en mi pecho el Cielo una llama funesta.
La detestable Enona condujo lo demás.
Ella temió que Hipólito, de mi pasión instruido,
Revelara ese fuego que le causaba horror.
La pérfida, abusando de mi extrema flaqueza,
Se apresuró a acusarlo allí ante vuestros ojos.
Se castigó por ello, y huyendo de mi enojo,
Ha buscado en las olas un suplicio más dulce.
La espada hubiera ya tronchado mi destino;
Mas quedaba gimiendo la virtud sospechada.
Quise ante vos mostrar mi gran remordimiento,
Y por caminos lentos bajar hasta los muertos.
He tomado y ya corre por mis ardientes venas
Un veneno que a Atenas trajo Medea consigo.
Ya hasta mi corazón la ponzoña ha llegado
Y arroja en mi interior un frío desconocido;
Ya sólo veo ahora a través de una nube
Al cielo y al esposo que mi presencia ultraja;
Y la muerte, robando de mis ojos la luz,
Devuelve su pureza al día que mancillaban.

PANOPA. — ¡Se muere, ay, Señor!

TESEO. — De una acción tan infame,
¡Si pudiera con ella expirar la memoria!
Vayamos, de mi error demasiado informados,

A mezclar nuestro llanto con la sangre de mi hijo.
Vayamos de ese hijo a abrazar lo que queda,
Y a expiar la locura de un voto que detesto.
Rindámosle honores por demás merecidos;
Y para apaciguar a sus manes airados,
A pesar de la trama de una familia injusta,
Que hoy me sirva de hija la mujer que él amaba.

ANDROMACA

Andrómaca fue su primer gran éxito. Racine, compenetrado de sus modelos griegos, encontró el secreto de la emoción trágica, que nace del espectáculo del hombre abatido por la crueldad del destino. Orestes, Hermiona, Pirro, llevan en sí una fatalidad, la de la pasión insuperable que los conduce a amar a quien no los ama. Pirro ama a Andrómaca, la fiel esposa y ahora viuda de Héctor; Hermiona ama a Pirro y sufre su rechazo; Orestes ama sin esperanza a Hermiona. Es una cadena de amores desdichados: amantes que aman sin ser amados y que son amados por aquellos a quienes no aman. Toda la obra se mueve en un vaivén motivado por los cambios de humor de Pirro y de Hermiona, ya sea que se aproximen o se alejen de los otros dos personajes.

Andrómaca: aparece como la viuda de Héctor. No conoce a otro marido sino a Héctor ni a otro hijo sino a Astyanax. Es la mujer en su plenitud. Joven aún y hermosa, ha vivido una múltiple experiencia: la experiencia del amor, la experiencia de la maternidad, la experiencia de la jerarquía y la que más la ha marcado, la experiencia de la esclavitud y del dolor.

Siente verdadero horror cuando Pirro quiere hacerla su esposa y evoca, en una visión apocalíptica, la destrucción de Troya (Acto III, Escena VIII).

Reconoce sorprendida la generosidad de Pirro al defender a su hijo y al comprometerse a levantar las murallas de Troya y su valor al enfrentar a todos los griegos por su cau-